
Selección
TERROR
JOSEPH BERNA
LA CIUDAD DE LOS MUERTOS VIVIENTES


st
SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

JOSEPH BERNA

LA CIUDAD DE LOS MUERTOS VIVIENTES

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 325
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 9.704 - 1979
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: mayo, 1979

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

CAPITULO PRIMERO

La respiración de Anne-Marie Legrand, una bonita muchacha, de sólo diecinueve años de edad, era fuerte, rápida, fatigosa.

Encontraba serias dificultades para llevar aire a sus pulmones.

Se ahogaba...

—¡Haga algo, doctor Brimont, por Dios! —suplicó Isabelle Legrand, la madre de Anne-Marie.

Alain Brimont, de treinta y un años de edad, elevada estatura y atlética complexión, pelo oscuro y rostro agradable, retiró el fonendoscopio del pecho desnudo de la enferma, cuyo camisón cerró, ocultando sus tersos y juveniles senos.

Sentado todavía en el borde de la cama, miró gravemente a la madre de Anne-Marie.

—No puedo hacer nada, señora Legrand, y usted lo sabe. Nadie puede hacer nada. La dolencia cardíaca que padece Anne-Marie, no admite tratamiento alguno. Tampoco intervención quirúrgica.

—¡Pero no puede usted quedarse cruzado de brazos, mientras mi pobre hija se muere! —gritó, desesperado. Jean-Pierre Legrand, padre de Anne-Marie.

—Tal vez no me crea, señor Legrand, pero yo sufro tanto como ustedes. Si hubiera algún medio de aliviar el padecimiento de su hija, no dude que lo emplearía.

—¡Tiene que haberlo, maldita sea! —rugió Jean-Pierre, golpeando ruidosamente la pared de la habitación con sus puños.

—¡Llamaremos a otro médico! dijo Isabelle.

—Mamá, por favor... — intervino Jacqueline, la otra hija del matrimonio Legrand.

Tenía veintidós años, el cabello largo y rubio, los ojos muy azules.

Era más bonita aún que Anne-Marie, y estaba espléndidamente formada.

Su padre se volvió bruscamente hacia ella.

—¡Tu madre tiene razón, Jacqueline! ¡Debemos llamar a otro médico!

—El doctor Brimont es un buen médico, tan competente como el mejor —observó la joven, mirando a Alain Brimont.

Este agradeció sus palabras con una leve sonrisa.

—¡Será todo lo bueno que quieras, pero Anne-Marie se muere! —replicó Isabelle Legrand—, ¡Tu hermana se muere, Jacqueline! ¡Y él dice que no puede hacer nada!

Los preciosos ojos de Jacqueline Legrand se empañaron de lágrimas.

—El doctor Brimont no es Dios, mamá. Y sólo Él puede salvarla, todos lo sabemos.

—¡Pues que la salve! ¡Sálvala, Señor! ¡No permitas que Anne-Marie muera! ¡Sólo tiene diecinueve años...! —pidió desesperadamente Isabelle, los ojos fijos en el crucifijo que colgaba en la pared, sobre la cabecera de la cama

de la enferma.

Súbitamente se dejó caer al suelo, de rodillas, y rompió a llorar amargamente.

Jean-Pierre Legrand se derrumbó materialmente sobre una silla y se cubrió la cara con las manos, tratando inútilmente de ahogar sus sollozos.

Tampoco Jacqueline pudo contener por más tiempo su llanto.

Alain Brimont, con el corazón encogido, se puso en pie y guardó lentamente el fonendoscopio en su maletín.

Dirigió una última mirada a la enferma.

Anne-Marie seguía respirando agitadamente, los ojos cerrados, la boca entreabierta.

Sólo le quedaban unas horas de vida.

Alain Brimont estaba seguro de ello.

Anne-Marie Legrand no vería la luz del nuevo día.

Pobre muchacha...

Alain Brimont tomó su maletín.

—¿Se marcha usted, doctor Brimont? —preguntó Jacqueline, interrumpiendo sus sollozos.

—Sí —asintió el médico—. Mi presencia en esta casa, no sirve de nada. Como usted dijo antes, Anne-Marie está en manos del Todopoderoso.

—Aun así, preferiría que se quedara usted, doctor Brimont...

—Tengo que atender a otros pacientes, Jacqueline. Si pudiera hacer algo por su hermana, me quedaría todo el tiempo que fuera necesario. Pero, desgraciadamente...

—Le acompañare hasta la puerta, doctor Brimont.

—Gracias.

Jacqueline Legrand salió de la habitación, seguida de Alain Brimont.

Caminaron los dos en silencio hacia la puerta.

Jacqueline abrió.

—Buenas noches, doctor. Y gracias por todo.

—Por nada, desgraciadamente —corrigió Brimont, apenado.

—Usted no tiene la culpa de que la dolencia de Anne-Marie sea incurable, doctor Brimont.

—No, claro que no.

—Le telefonearé cuando Anne-Marie...

—Sí, avíseme. Vendré en seguida.

—Adiós, doctor.

Alain Brimont salió del piso y caminó hacia la escalera.

Jacqueline Legrand esperó a que el médico desapareciera por el hueco de la misma. Entonces cerró la puerta.

Permaneció unos segundos con la espalda pegada contra la hoja de madera, sintiendo cómo las lágrimas resbalaban por sus mejillas.

De pronto, el timbre sonó.

Jacqueline, dado su estado emocional, se sobresaltó mucho.

Inspiró profundamente, para tratar de normalizar su ritmo cardiaco, y luego abrió.

Pensaba que sería el doctor Brimont, que habla olvidado algo.

Se equivocó.

Era Claire Arnoul, la vecina del piso de al lado, una mujer delgada y menuda, que frisaba en los cincuenta y cinco años de edad.

Tenía cara de cotorra.

Y lo era.

—Hola, Jacqueline.

—Hola, señora Arnoul.

—He visto salir al doctor Brimont...

—Sí, acaba de irse.

—¿Qué ha dicho? ¿Hay alguna esperanza?

Jacqueline Legrand se mordió los labios.

—Ninguna, señora Arnoul.

—Dios mío...

—Sólo Él puede salvarla.

Los ojillos de Claire Arnoul brillaron extrañamente.

—Tal vez haya alguien más, Jacqueline —murmuró.

—Si se refiere a otro médico...

—No, no me refiero a otro médico, sino a un curandero.

—¿Un curandero...? —repitió Jacqueline.

—Sí.

—¿Y cree usted que él...? —preguntó la joven, con una chispa de esperanza en los ojos.

—Nada se pierde con intentarlo, ¿no?

—Nada, desde luego. ¿Cómo se llama ese curandero?

—Vogel. Albert Vogel.

—¿Y dónde vive?

—En Verraud.

—¿Verraud. .?

—Es un pequeño pueblo que hay a unos cincuenta kilómetros de París.

—¡Cincuenta kilómetros! —respingó Jacqueline.

La señora Arnoul sonrió.

—No te alarmes, Jacqueline. Precisamente esta noche el señor Vogel está en París.

—¿De veras...?

—Yo lo hice venir.

—¿Usted...? —pestañeó Jacqueline.

Claire Arnoul explicó:

—Sabía que Anne-Marie estaba muy grave, que el doctor Brimont no podría hacer nada por ella. Por eso llamé al señor Vogel. El tiene un extraño poder, Jacqueline. Ha curado a muchas personas que estaban totalmente desahuciadas por los mejores médicos de París. Yo conozco a una de ellas. Se

llama Francine Golay. Es una preciosa muchacha de veinte años. Tenía leucemia. Sus padres va estaban poco menos que preparando su funeral. Pero alguien les habló de Albert Vogel, y de su extraordinario poder curativo. Le llamaron, aunque con escasas esperanzas de que pudiera salvar a Francine. Nadie sabe lo que le hizo, porque se quedó solo con ella, en su habitación; pero la curó.

—¿Totalmente...? —inquirió Jacqueline, sin poderlo creer.

Claire Arnoul asintió con la cabeza.

—No puede quedar ninguna duda al respecto. Hace ya casi un año que el señor Vogel atendió a Francine Golay, y ella sigue con vida.

—¡Oh, Dios mío! ¡Entonces es posible que ese hombre cure a Anne-Marie! —exclamó Jacqueline, mucho más esperanzada que antes.

La señora Arnoul volvió a sonreír.

—Como ya te he dicho antes, nada se pierde con intentarlo.

Jacqueline la cogió nerviosamente por los hombros.

—¡Llámelo, señora Arnoul! ¡Que venga inmediatamente! ¡Si salva a Anne-Marie, le daremos lo que nos pida!

—El señor Vogel nunca pide nada, Jacqueline. No sana a los enfermos por dinero, sino por amor hacia ellos —explicó Claire Arnoul.

—¡Oh! ¡Ese hombre es un santo!

—Tú lo has dicho, Jacqueline.

—¡Corra a llamarlo, señora Arnoul! —apremió la joven.

—Sí, no hay tiempo que perder.

Claire Arnoul trotó cómicamente hacia su piso, para telefonear a Albert Vogel.

Al santo de Albert Vogel.

Muy lejos estaba Jacqueline Legrand de sospechar que Albert Vogel, de santo, no tenía nada.

Era más bien un demonio.

Y no un demonio cualquiera.

Su maldad sólo podía ser superada por el propio Satanás.

Y, probablemente, ni siquiera por él...

CAPITULO II

Alain Brimont durmió mal aquella noche.

Le resultaba difícil apartar de su pensamiento a Anne-Marie Legrand.

A los padres de Anne-Marie.

A la hermana de Anne-Marie...

Un medico tenía que estar acostumbrado a escenas como aquélla, pero Alain Brimont no lograba acostumbrarse.

El sufría con el dolor ajeno.

Sufría mucho.

Y cuando, como en el caso de Anne-Marie Legrand, la Ciencia se veía impotente para .solucionar el problema que presentaba el enfermo, y éste tenía que resignarse a esperar la muerte, Alain Brimont sentía que una sorda rabia se apoderaba de él.

A lo largo de toda la noche, estuvo esperando la llamada de Jacqueline Legrand.

Ella le había dicho que le llamaría, cuando Anne-Marie falleciese.

Pero el teléfono no sonó.

Ni una sola vez.

Quizá el óbito se había producido en plena madrugada, y Jacqueline Legrand no había querido sacarle de la cama a aquellas horas.

Al fin y al cabo, él lo único que tenía que hacer era certificar su defunción, y eso podía hacerlo igualmente a primera hora de la mañana.

Seguro que no tardaría en recibir la llamada de Jacqueline.

Alain Brimont saltó de la cama y se dirigió al cuarto de baño.

Tras despojarse del pantalón de pijama, única prenda que llevaba encima, se metió bajo la ducha y abrió la llave del agua fría.

Como sonase el teléfono ahora...

Pero no, no sonó.

Ni mientras Alain Brimont se duchaba, ni mientras se vestía, ni mientras desayunaba.

Al joven médico empezó a parecerle raro.

Eran casi las nueve.

Jacqueline Legrand tenía que haberle llamado ya.

A menos que...

No.

Imposible.

Anne-Marie no podía seguir con vida.

Forzosamente tenía que haber muerto.

Cuando él la reconoció por última vez, le quedaban muy pocas horas de vida.

Cuatro o cinco.

Como máximo, seis.

Alain Brimont estuvo tentado de coger el teléfono y llamar él a casa de los Legrand.

Pero no lo hizo.

Cuando Jacqueline no le llamaba, sus razones tendría.

Alain Brimont se puso la chaqueta, cogió su maletín, y abandonó su apartamento, que se hallaba a un tiro de piedra de los Campos Elíseos.

En su coche, un «Simca-1200», azul oscuro, se dirigió a su consultorio, instalado no lejos de su casa, a sólo quince minutos.

Como de costumbre, cuando él llegó, Nadine Pisot, la chica que trabajaba para él como enfermera, ya se encontraba allí, sentada tras su mesa, en la antesala del despacho medico.

—Buenos días, Nadine.

—Buenos días, doctor Brimont —sonrió la enfermera, una atractiva muchacha de veintitrés años, alta, esbelta, de pelo rojizo y ojos verdes, suavemente rasgados y protegidos por unas pestañas larguísimas.

—¿Ha llamado alguien esta mañana?

—Sí, doctor, hay una llamada —asintió Nadine Pisot, consultando su libreta de anotaciones.

Alain Brimont sintió un ligero estremecimiento.

—Jacqueline Legrand, ¿verdad? —murmuró.

—No, no fue Jacqueline Legrand quien llamó, sino la señora Danjou; Charlotte Danjou.

Brimont pareció sorprenderse.

—¿Qué le pasa a la señora Danjou?

—Su hijo, el pequeño Louis, tiene fiebre y dice que le duele mucho la garganta.

—Vaya, ya lo tenemos con amigdalitis otra vez.

—Seguro. La señora Danjou me ha rogado que pase usted por su casa esta misma mañana —comunicó la enfermera.

—Llámele y dígale que de diez a diez y media estaré allí.

—Sí, doctor.

Alain Brimont entró en su despacho.

Después de despojarse de la chaqueta, y colgarla del perchero, se sentó a su mesa.

Sus ojos tropezaron con el teléfono que tenía sobre la misma.

De nuevo sintió deseos de llamar a casa de los Legrand.

Estaba a punto de decidirse a hacerlo, cuando Nadine Pisot entró en el despacho.

—Ya he llamado a la señora Danjou, doctor Brimont —informó, con una encantadora sonrisa.

—Gracias, Nadine.

La enfermera lo miró fijamente.

—¿Le ocurre algo, doctor?

—¿A mí?

—No tiene muy buena cara.

Alain Brimont sonrió y se tocó las mejillas.

—¿Me encuentra feo esta mañana?

—Digamos que menos guapo —sonrió también la enfermera.

—Es que he dormido poco esta noche.

—Estuvo de juerga, ¿eh, pillín?

—¿De juerga, yo? —Rió Brimont—. No tengo tiempo para eso, Nadine.

—Pues debería tenerlo.

—¿Usted cree?

—Es usted un hombre joven, doctor Brimont, y necesita divertirse de vez en cuando.

—Procuraré seguir su consejo.

—No, no lo seguirá, lo sé. Usted sólo se preocupa de sus pacientes.

—Soy médico, Nadine. Es lógico que...

—No sólo de fonendoscopio vive el médico, doctor Brimont.

—¿Qué?

—Me ha entendido usted perfectamente. Al fin y al cabo, un médico es un hombre normal y corriente, con sus deseos y sus necesidades. Reprimirlos no puede conducir a nada bueno.

Alain Brimont sonrió irónicamente.

—¿Se ha licenciado usted en sexología, Nadine...?

—Me he licenciado en cuernos.

—O sea, que es torera.

—¡Soy rábanos!

Alain Brimont rió alegremente.

—No se enfade usted. Nadine.

—¿Cómo no voy a enfadarme, si se está usted pitorreando de mí?

—Nada más lejos de la realidad, créame.

—Ha dicho que soy torera —gruñó la enfermera.

—Porque usted dijo que se había licenciado en cuernos. El chiste era tan fácil, que no pude resistir la tentación de soltarlo.

—Ojalá le sucediera lo mismo con otras tentaciones.

—¿A qué se refiere, Nadine?

—Usted sabe bien a qué me refiero.

—A las mujeres, ¿verdad?

—¿Ve cómo si lo sabía?

—Todo se andará, Nadine.

—Como siga así, tendrá que hacer ese recorrido con bastón, porque ya será un viejo.

Brimont rió.

—¡Ni que tuviera cincuenta años, Nadine!

—Tiene treinta y uno, que tampoco son ninguna tontería.

—La mejor edad para hacer feliz a una mujer.

—Pero es que usted no hace feliz a ninguna.

—Porque todavía no he encontrado a la mujer de mi vida.

—¿Cómo la va a encontrar, si no la busca?

—El día menos pensado me tropezaré con ella, ya lo verá.

—No tropiece muy fuerte, no la desgracie.

Alain Brimont volvió a reír.

—Usted también tiene facilidad para hacer chistes, ¿eh, Nadine?

—Lo del tropezón no era un chiste. Se puede lastimar uno muy seriamente al tropezar con otra persona. Lo digo por experiencia.

—Diablos, diría que habla usted en serio.

—Muy en serio, doctor Brimont —asintió la enfermera, visiblemente preocupada ahora.

—¿Tropezó usted con alguien. Nadine?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Hace un par de noches.

—Cuénteme qué pasó —rogó Brimont.

—Pues eso, que tropecé.

—¿Con quién?

—Con un tipo grandote y duro como el cemento, que salía de un bar como si toda la acera fuera para él.

—¿Fue un encontronazo violento?

—Violentísimo. Tuve la sensación de que me arrollaba un camión de mudanzas.

—¿Cayó usted al suelo?

—Cuan larga era.

—¿Y qué se hizo?

—En un principio, creí que me había roto varios huesos, porque me dolían muchas cosas. Pero, afortunadamente, no me rompí nada. Sólo me produje algunas magulladuras sin importancia.

—¿Por qué no me dijo nada, por la mañana?

—Me dio vergüenza.

—¿Vergüenza, contarme que la noche anterior había sufrido una violenta caída?

—Es que una de las cosas que me dolían era el seno izquierdo... —murmuró la enfermera.

Alain Brimont frunció el ceño.

—¿El seno izquierdo?

—Sí. Creo que el tipo me dio con el codo ahí.

—Debió decírmelo, Nadine.

La enfermera bajó la mirada.

—Me dio vergüenza, ya se lo he dicho.

—Qué estupidez —rezongó Brimont.

—No me hubiera importado que me reconociera otro médico. Pero usted...

—¿Acaso yo no soy un médico como lo demás?

—Sí, claro. Pero cómo yo trabajo para usted, pues... No es lo mismo desnudarse delante de un médico al que una sólo ve cuando está enferma, que delante del médico al que una ve todos los días, compréndalo.

—Eso es una tontería, Nadine.

—No digo que no lo sea, pero yo...

—¿Le sigue doliendo el pecho izquierdo? —preguntó Brimont.

Nadine Pisot se mordisqueó el labio inferior

—Sí, me sigue doliendo —confesó, al cabo de unos segundos.

—Le haré una exploración —dijo Brimont, levantándose de su sillón.

La enfermera respingó nerviosamente.

—¿Es... necesario? —musitó.

—Usted sabe que si. Un golpe en un pecho puede traer consecuencias muy desagradables.

—Lo sé.

—Vamos, tiéndase en la mesa de exploraciones y descubra su pecho —indicó Alain Brimont.

Nadine Pisot fue hacia la mesa y se tendió en ella.

Se abrió la bata de enfermera.

Luego, la blusa.

Como no usaba sujetador, sus senos quedaron al descubierto.

Unos senos firmes y armoniosos, extraordinariamente bellos.

Alain Brimont se aproximó a la mesa, para realizar la oportuna exploración del seno lastimado.

Sin embargo, sus manos no llegaron a rozar el pecho de la enfermera.

Alguien estaba llamando a la puerta.

Y debía tener mucha prisa, a juzgar por su insistencia.

CAPITULO III

Nadine Pisot respingó sobre la mesa de exploraciones.

—; Están llamando a la puerta, doctor Brimont!

—Ya lo he oído.

—¡Iré a abrir!

—Usted se queda donde está —decidió Alain Brimont, impidiendo que la enfermera se levantara, para lo cual le puso la mano en el pecho, entre seno y seno.

—Será un paciente...

—Si es un paciente, le atenderé. Pero después que a usted.

—Yo puedo esperar, doctor.

—Pero yo no quiero que espere. Quédese tendida y con la blusa abierta. En seguida vuelvo.

—Sí, doctor —respondió la enfermera, sumisa.

Alain Brimont salió de su despacho médico, cuya puerta no cerró, y acudió a abrir.

Se llevó una gran sorpresa al ver a Jacqueline Legrand, la hermana de Anne-Marie.

De la difunta Anne-Marie, a menos que hubiese ocurrido un milagro.

Y milagros ocurren tan pocos...

—Jacqueline... —musitó Brimont.

—¡Doctor Brimont! —exclamó la bella joven, y se arrojó en sus brazos.

Empezó a llorar, fuertemente abrazada a él.

Alain Brimont permaneció quieto algunos segundos.

Luego, repuesto de su sorpresa, estrechó cariñosamente el sugestivo cuerpo de Jacqueline Legrand.

—Serénese, Jacqueline —rogó, acariciando sus dorados cabellos—. Tenía que ocurrir, y...

La joven levantó la cabeza bruscamente y le miró.

—¡No ha ocurrido, doctor!

—¿Qué?

—¡Anne-Marie no ha muerto!

Brimont abrió la boca.

—¿Que no...? —balbuceó.

—¡Sigue con vida, doctor Brimont! ;Y todo hace suponer que su grave dolencia cardíaca ha desaparecido! —informó Jacqueline Legrand.

Alain Brimont se quedó de muestra.

—Eso... eso no es posible, Jacqueline... —tartamudeó.

—¡Ya sé que parece imposible, doctor Brimont, pero ha ocurrido!

—El estado de Anne-Marie era irreversible...

—¡Lo sé, lo sé! ¡Iba a morir irremisiblemente, nadie podía hacer nada por ella! ¡Pero él lo hizo!

Alain Brimont entrecerró los ojos.

—¿El...? ¿Quién es él?

—¿Quién es ella?

—¿Cómo

—La chica del pelo rojo. . —Jacqueline Legrand miraba ahora por encima del hombro del médico—. ¿Quién es?

Alain Brimont giró la cabeza.

Descubrió a Nadine Pisot.

Había surgido en la puerta de su despacho médico.

Su blusa seguía desabotonada, aunque ella se la había cruzado y la mantenía así con una mano.

La enfermera no miraba a Alain Brimont, sino a Jacqueline Legrand, cuya cintura seguía abarcando el médico.

Si sorpresa reflejaba el rostro de Nadine, sorpresa reflejaba el rostro de Jacqueline.

—Es Nadine Pisot, mi enfermera —dijo Alain Brimont, respondiendo a la pregunta de Jacqueline Legrand, al tiempo que soltaba la cintura de ésta y se separaba un poco de ella.

—¿Por qué lleva la blusa desabotonada? —preguntó Jacqueline.

Brimont tosió ligeramente.

—Me disponía a explorarle el pecho, cuando usted llamó.

En los ojos de Jacqueline Legrand hubo un destello irónico.

—Muy divertido.

—Iba a ser una exploración médica. Jacqueline se apresuró a aclarar Brimont.

—¿De Veras? —la ironía de la joven se acentuó.

—No pensará usted que...

—Me reservo lo que pienso, doctor Brimont.

—Discúlpeme un momento. Jacqueline —rogó Alain Brimont, y fue hacia Nadine Pisot, que no se había atrevido a intervenir.

La tomó del brazo con cierta brusquedad y la metió en el despacho, cerrando la puerta, para que Jacqueline Legrand no pudiera oírles.

En tono recriminatorio, recordó:

—Le dije que no se levantara de la mesa. Nadine.

—Me alegro de haberle desobedecido.

—¿Ah, sí?

—Sí. Gracias a ello he podido sorprenderle abrazando a esa rubia descarada.

Brimont apretó los labios.

—Yo no estaba abrazando a nadie.

—Que lo he visto yo, doctor. Estaban pegado el uno al otro. Usted parecía la carta y la rubia el sello.

—No diga tonterías, Nadine.

—¿Le parece a usted?

—Vuelva a tenderse en la mesa —ordenó Brimont—. Y esta vez no se le ocurra abandonarla, ¿me ha entendido?

La enfermera soltó un gruñido.

—Está bien, le obedeceré. Pero no pienso estar con los senos al aire, porque si tarda usted mucho, me resfriaré.

—No tardaré nada.

—Por mí no tenga usted prisa. Si la rubia tiene ganas de que la apretuje usted, complázcala.

Alain Brimont la miró severamente y luego salió del despacho, cerrando la puerta esta vez.

Emitió un carraspeo y se acercó a Jacqueline Legrand.

—Cuénteme lo que pasó, Jacqueline.

—¿Ya exploró el pecho de su enfermera? —preguntó ella, burlona.

—No, más tarde lo haré.

—Oh, cuánto siento haberle interrumpido.

—No tiene importancia. Hábleme de Anne-Marie, por favor.

La ironía desapareció por completo del rostro de Jacqueline Legrand, dando paso a una honda preocupación.

—La señora Arnoul, nuestra vecina, me habló de Albert Vogel, un curandero que, según ella, había sanado a un buen número de enfermos que estaban totalmente desahuciados por los más prestigiosos médicos de París.

Alain Brimont frunció el entrecejo.

—¿Vio ese curandero a Anne-Marie? —inquirió.

—Sí —asintió Jacqueline—. Veinte minutos después de haberse marchado usted.

—¿Qué le hizo?

—No lo sé.

Brimont subió las cejas.

—¿Cómo que no lo sabe?

—Dijo que tenía que quedarse a solas con ella.

—¿Y ustedes se lo permitieron?

—Claro. ¿Cómo íbamos a negarnos? Se trataba de la vida de Anne-Marie, una vida que estaba a punto de extinguirse... Hubiéramos hecho cualquier cosa que él nos hubiese pedido.

—¿Cuánto tiempo estuvo con ella? —interrogó Brimont, nuevamente ceñudo.

—Una media hora.

—¿Y...?

—Cuando mis padres y yo entramos de nuevo en la habitación, no podíamos creer lo que estábamos viendo. La respiración de Anne-Marie era sosegada y tranquila. Dormía plácidamente. Incluso parecía sonreír levemente...

Alain Brimont no supo disimular su perplejidad.

¡Anne-Marie respirando con normalidad!

¡Durmiendo plácidamente!
¡Sonriendo, incluso, en sueños!
Jacqueline Legrand continuó:
—El señor Vogel nos dijo que Anne-Marie dormiría profundamente toda la noche, y que no debíamos despertarla bajo ningún pretexto. El volvería por la mañana.
—¿Sucedió así?
—Sí. Anne-Marie no se despertó ni una sola vez, y su sueño fue en todo momento tranquilo y apacible. El señor Vogel volvió a eso de las ocho. Permaneció unos quince minutos a solas con ella, y luego nos llamó. Cuando entramos, Anne-Marie estaba sentada en la cama, como esperando el desayuno, y sonreía... El señor Vogel afirmó que ya se hallaba fuera de peligro, que su dolencia cardíaca había desaparecido.
—Eso es imposible.
—Pues aún va a asombrarse más, cuando le diga que Anne-Marie se levantó de la cama sin ayuda de nadie, se vistió, metió algunas de sus cosas en una maleta, y se marchó con el señor Vogel.
Alain Brimont respingó.
—¿Que se marchó con él...?
—Sí.
—¿Adónde?
—A Verraud, un pequeño pueblo que se halla a unos cincuenta kilómetros de París. El señor Vogel vive allí —explicó Jacqueline Legrand.
—Verraud... —repitió Brimont—. Tenía entendido que ese pueblo estaba abandonado...
—Yo no había oído jamás hablar de él. Ni mis padres.
—¿Por qué dejaron ustedes que Anne-Marie se marchase con ese hombre?
—¿Qué razón podíamos esgrimir, para impedirlo? Anoche, ninguno de nosotros daba un franco por la vida de Anne-Marie. Mi hermana iba a morir sin remisión. De pronto, aparece Albert Vogel y no sólo la salva de la muerte, sino que la sana por completo. Anne-Marie le debe la vida a ese hombre, doctor Brimont. Es lógico que quiera agradecérselo de algún modo, ¿no le parece?
—Sí, pero irse a vivir con el...
—A mí también me parece demasiado —suspiró Jacqueline—. Anne-Marie tiene apenas diecinueve años, y ninguna experiencia sexual con hombres.
—¿Está segura de eso?
—Absolutamente. Anne-Marie no tiene secretos para mí, ni yo para ella. Ha salido con algunos chicos, naturalmente, pero no ha hecho el amor con ninguno de ellos.
—Siendo así, aún resulta más sorprendente que...
Jacqueline Legrand se mordisqueó los labios.
—No puedo asegurarlo, pero yo diría que ese hombre, Albert Vogel, tiene

como magnetizada a Anne-Marie.

Alain Brimont agrandó los ojos.

—¿Magnetizada?

—Sí. Juraría que lo de irse a Verraud, fue idea de él. Y Anne-Marie le obedeció sumisamente.

—¿Es joven ese Albert Vogel?

—Unos treinta y cinco años aparenta.

—¿Y cómo es físicamente?

—Moreno, casi tan alto como usted, fuerte...

—¿Bien parecido?

—A mí, desde luego, no me gusta. Sin embargo, debo reconocer que no es feo.

—¿Y por qué no le gusta?

—No sabría decirle... Tal vez sean sus ojos.

—¿Qué les pasa a sus ojos?

—Miran de un modo extraño. Casi me atrevería a decir que siniestro... Es difícil resistir su mirada más de cinco segundos seguidos. Yo lo intenté un par de veces, pero no pude.

Sobrevino un silencio.

Jacqueline Legrand preguntó:

—¿Me ayudará usted, doctor Brimont?

—¿Qué puedo hacer yo, Jacqueline?

Ella esperó unos segundos y dijo:

—Venir conmigo a Verraud.

CAPITULO IV

—¿Ir con usted a Verraud...? —repitió Alain Brimont, sorprendido.

—Sí.

—¿Para qué?

—En primer lugar, para que reconozca a Anne-Marie y compruebe si es cierto o no que su grave dolencia cardíaca ha desaparecido —respondió Jacqueline Legrand.

—Yo apostaría mi mano derecha a que no.

—Entonces, ¿cómo se explica usted qué...?

—Por el momento, no tengo explicación posible. Científicamente, su hermana debería llevar varias horas muerta.

—Sin embargo, no sólo no está muerta, sino que respira con normalidad y anda por ahí, tan fresca.

—Sí.

—Tiene usted que ayudarme a aclarar este misterio, doctor Brimont —suplicó Jacqueline Legrand—. Es la única persona que puede hacerlo.

Alain Brimont sonrió suavemente.

—Le ayudaré, Jacqueline. Yo también estoy interesado en descubrir la verdad.

—Gracias, doctor Brimont.

—Voy por mi chaqueta y mi maletín.

Alain Brimont fue hacia su despacho y penetró en él.

Encontró a Nadine Pisot tendida en la mesa de exploraciones, tal y como él le había ordenado, sólo que con la blusa cerrada.

Ella le sonrió.

—He sido obediente, doctor. Esta vez no he abandonado la mesa.

Brimont la miró con severidad.

—No sea embustera, Nadine.

—¿Por qué me llama embustera? —parpadeó la enfermera.

—Ha estado usted escuchando detrás de la puerta.

Nadine Pisot abrió mucho los ojos.

—¿Que yo...?

—Sí, no ponga esa cara de chica inocente. Su corazón late con fuerza, a consecuencia de la carrerita que se ha pegado desde la puerta hasta la mesa.

Nadine se miró el busto.

Era cierto.

Se advertían claramente los violentos latidos de su músculo cardíaco, aun con la blusa cerrada.

La enfermera dio un suspiro.

—Está bien, confieso que estaba detrás de la puerta. Pero como si no hubiera estado, porque no puede oír nada. ¿Hablaban ustedes muy bajo, o es que se estuvieron dando el pico todo el rato?

—Basta ya, Nadine, por favor.

—No vaya a pensar que estoy celosa, ¿eh? Al contrario, me alegra que por fin se haya decidido usted a echar una cana al aire. Lo único que le reprocho es que lo hiciera aquí, en su propio consultorio. Debió escoger un lugar más apropiado.

Alain Brimont apretó las mandíbulas.

Señalando a su enfermera con el dedo, masculló:

—Nadine, si no se calla usted, le juro que...

Ella le interrumpió con su risa.

—Tranquilo, doctor Brimont. No volveré a abrir la boca, se lo prometo. Y hablando de abrir... ¿Me abro de nuevo la blusa? —preguntó, entreabriéndola ya.

—No, puede abotonársela ya. Y levantarse de la mesa —indicó Brimont.

La enfermera puso una cara muy rara.

—¿Qué pasa, ya no quiere explorarme el pecho izquierdo?

—Claro que quiero. Pero ahora no tengo tiempo. Debo ir a Verraud urgentemente —explicó Brimont.

—¿Verraud?... ¿Qué es eso?

—Un pequeño pueblo.

—¿Se ha puesto enfermo alguien allí?

—Al contrario, es un enfermo quien parece que se ha puesto sano.

Nadine Pisot soltó varios pestañeos seguidos.

—¿Cómo dice...?

—No puedo explicárselo ahora, Nadine —rezongó Brimont, poniéndose la chaqueta.

La enfermera saltó de la mesa,

—¿Se ha olvidado usted del pequeño Louis Danjou, doctor Brimont? —Exclamó, mientras procedía a abotonarle la blusa—. Le dije a la señora Danjou que de diez a diez y media Estaría usted en su casa, ¿recuerda?

—Vuelva a llamarla y dígale que debo atender un caso urgente, y que no podré estar en su casa antes de las doce. Pero que no se preocupe, que pasaré esta mañana —prometió Brimont.

—Muy bien, doctor.

—Hasta luego, Nadine.

—¿Se va con, ella?

—¿Qué?

—Que si se va a Verraud con la rubia descarada.

Alain Brimont apretó los dientes.

—Jacqueline Legrand no tiene nada de descarada.

—Se va con ella, ¿verdad?

—Sí —gruñó Brimont.

—Que le aproveche.

—No hable como si nos fuéramos a almorzar al campo, ¿quiere?

—En el campo se pueden hacer otras cosas, además de almorzar.

—Sembrar patatas, por ejemplo.

—Sí, pero seguro que ustedes no van a eso.

Alain Brimont sonrió.

—Me parece que mintió usted, Nadine.

—¿Que mentí?... ¿Cuándo?

—Cuando dijo que no estaba celosa.

La enfermera enrojeció violentamente.

—Está equivocado, doctor Brimont.

—¿Seguro?

—Ande, lárguese ya. Tengo cosas que hacer —gruñó la joven.

—Volveré lo antes posible, Nadine.

—Por mí puede pasarse el día entero con esa Jacqueline. Y la noche también, si le apetece. Le aseguro que no me importará.

Alain Brimont dejo escapar una risita socarrona y salió de su despacho médico, con el maletín en la zurda.

Caminó hacia Jacqueline Legrand.

—Podemos irnos, Jacqueline —dijo, tomándola del brazo.

—Ha tardado mucho, ¿no? —observó ella, dejándose llevar.

Brimont carraspeó.

—Le estaba dando instrucciones a mi enfermera.

—Ya.

Salieron del consultorio y descendieron por la escalera.

Instantes después, Alain Brimont ponía en marcha su «Simca-1200».

Circularon algunos minutos en silencio.

De pronto, Jacqueline Legrand dijo:

—¿Puedo hacerle una pregunta personal, doctor Brimont?

—¿Muy personal? —sonrió el médico.

—Bastante.

—De acuerdo, hágala.

—¿Significa algo esa Nadine para usted, o es sólo un pasatiempo, una diversión?

—Es mi enfermera, sólo eso.

—Oh, vamos, doctor —rió Jacqueline—. ¿Pretende usted hacerme creer que no existe nada entre ustedes?

—Nada, puede creerme.

—No, no puedo.

—Nadine es una buena chica, Jacqueline. Jamás se me insinuó. Ni yo a ella.

—Esa blusa desabotonada...

—Sé que usted no me creyó, pero no le mentí cuando le dije que me disponía a explorarle el pecho cuando usted llamó. Nadine sufrió un violentísimo encontronazo con un tipo, hace un par de noches. Parece ser que el tipo le dio con el codo en el seno izquierdo, y le duele. Hila está muy preocupada. Y con razón. Un golpe en un pecho...

Jacqueline Legrand se mordió el labio inferior.
—Discúlpeme usted, doctor Legrand.
—¿Por qué?
—Por haber pensado que usted y su enfermera... Me siento avergonzada. ,
Brimont sonrió.
—Voy a darle una sorpresa, Jacqueline. También Nadine pensó que usted y yo...
—¡Oh, no! —exclamó la joven, enrojeciendo.
—Sí —rió Brimont.
—¿Qué le hizo suponer que...?
—La vio a usted en mis brazos, y pensó lo que no era.
Jacqueline Legrand bajó la cabeza.
—Fue algo instintivo, doctor Brimont. Me hallaba, y me hallo, muy preocupada por la decisión de Anne-Marie de irse a Verraud con Albert Vogel, y al verle a usted... Le ruego que me disculpe, por haberme echado en sus brazos.
—No tiene que disculparse por nada, Jacqueline.
La joven le miró y le sonrió.
—Es usted muy comprensivo, doctor Brimont.
—Y usted muy bonita.
—Gracias. También Nadine lo es.
—Sí, también —asintió Brimont.
Jacqueline Legrand se sintió un poco defraudada.
Esperaba que Alain Brimont hubiera añadido: «Pero usted lo es más».
Pero el apuesto doctor no añadió nada.

* * *

Casi una hora después de haber abandonado el consultorio, divisaban Verraud.
A primera vista, el pequeño pueblo parecía desierto.
Abandonado.
Y no recientemente, sino muchos años atrás, a juzgar por el lamentable aspecto que presentaban sus casas.
Había que cruzar un puentecillo para llegar hasta él.
El puentecillo, de madera, estaba tan viejo y tan deteriorado, que Alain Brimont no se atrevió a pasar por él con el coche, pues daba la impresión de que se hundiría e irían a parar al barranco, poco profundo, que cruzaba por debajo.
El médico detuvo su «Simca» a la entrada del mismo, paró el motor, y dijo:
—Dejaremos el coche aquí, Jacqueline. Ese puente se halla en muy mal estado, y no me fío.
—Sí, es mejor cruzarlo a pie.
Brimont cogió su maletín.

Descendieron del auto.

El médico tomó del brazo a la muchacha.

—Vamos, Jacqueline.

Entraron los dos en el peligroso puentecillo.

Los maderos crujieron lastimosamente.

Brimont notó que la joven se estremecía.

Le oprimió el brazo y dijo:

—Tranquila, Jacqueline.

—Esto es peor que pasar el alambre —murmuró ella, visiblemente asustada.

—No tema, no se hundirá —sonrió Brimont.

—Dios le oiga.

Alain Brimont acertó.

Los maderos se quejaron mucho, pero resistieron perfectamente su peso y el de Jacqueline Legrand.

Apenas cruzar el puentecillo, percibieron la humedad que flotaba en el ambiente.

Una humedad extraña, que atravesaba la ropa y la carne y llegaba hasta los huesos.

Entre ello, y que el silencio era absoluto, sepulcral, Alain Brimont y Jacqueline Legrand tuvieron la desagradable sensación de que no caminaban hacia un pequeño pueblo aparentemente abandonado, sino hacia un frío y húmedo cementerio.

CAPITULO V

—¿Seguro que esto es Verraud, ductor Brimont...? —preguntó Jacqueline Legrand.

—Sí —asintió Alain Brimont.

—Pues parece que aquí no hay nadie...

—Albert Vogel dijo que vivía en Verraud, ¿no?

—Sí.

—Entonces, tiene que haber gente en este pueblo. A menos que el curandero mintiera, claro.

Jacqueline se detuvo y le miró.

—¿Por qué iba a mentir?

—No lo sé.

—Tal vez el señor Vogel sea el único habitante de Verraud, y él y Anne-Marie no hayan llegado todavía...

—Eso no es posible. Salieron mucho antes que nosotros —repuso Brimont.

—Pero puede que no vinieran directamente aquí.

—Sí, eso sí es posible —admitió el médico.

—¿Qué hacemos, doctor Brimont?

—Recorrer el pueblo, y si no encontramos a nadie, regresaremos a París.

—¿Regresar a París...?

—Yo no puedo esperar aquí a que aparezcan ese Vogel y Anne-Marie, Jacqueline, Soy médico, tengo pacientes que atender...

—Me hago cargo —murmuro la joven, triste.

Brimont le tomó suavemente la barbilla.

—No se preocupe, Jacqueline. Si no encontramos a Anne-Marie ahora, volveremos es fa tarde.

—¿Me lo promete?

—Se lo prometo. Yo tengo tanto interés como usted en hallar a Anne-Marie y averiguar la verdad, va se lo dije.

—No sabe cuánto se lo agradezco.

—Vamos, camine.

Se adentraron los dos en Verraud.

De pronto, Alain Brimont se detuvo y miró a su alrededor de un modo extraño.

—¿Ocurre algo, doctor? —inquirió Jacqueline Legrand.

—¿No tiene usted la sensación de que alguien nos observa, Jacqueline?

—Pues ahora que lo dice... —musitó la joven, sin poder evitar un ligero estremecimiento.

—Sí, estoy seguro de que estamos siendo observados.

—¿Y por qué no se dejará ver, quien sea?

—Eso quisiera yo saber. ¡Mira, allí hay alguien! —exclamó Brimont, señalando la puerta de una de las casas.

—¡Es una muchacha joven, pero no es Anne-Marie!

—Tal vez nos diga dónde podemos encontrarla.

—¡Sí! ¡Hablemos con ella!

Se acercaron ambos rápidamente a la muchacha.

Era morena, bonita, y su cuerpo tenía las curvas necesarias, pese a que la chica no aparentaba más de veinte años.

Pero era ya toda una mujer, de eso no cabía la menor duda.

Una lástima que su rostro estuviese falto de color, y que sus ojos tuviesen una mirada tan fría e inexpresiva.

—Buenos días —saludó Alain Brimont, con una amable sonrisa en los labios.

La chica no respondió.

Se limitó a observarlos a los dos fijamente, sin pestañear ni una sola vez.

Brimont carraspeo.

—Me llamo Alain Brimont, y soy médico. ¿Quién es usted?

La muchacha continuó callada Como si fuera muda.

O sorda.

O tonta.

—¿No quiere decirme su nombre? —preguntó Brimont, sin dejar de sonreír con amabilidad.

—Francine —habló al fin, aunque quedamente, la atractiva morenita.

Jacqueline Legrand respingó.

—¿Francine Golay? —inquirió.

—Sí —asintió la chica.

Alain Brimont miró a la hermana de Anne-Marie, extrañado.

—¿La conoce usted, Jacqueline... ?

—No la había visto nunca, pero la señora Arnoul me habló anoche de ella.

—¿La señora Arnoul?

—A Francine le ocurrió lo mismo que a Anne-Marie. Estaba gravemente enferma, iba a morir irremisiblemente... Entonces apareció Albert Vogel y la curó. Brimont observó detenidamente a Francine Golay.

—¿Cuál era su enfermedad?

—Leucemia —respondió Jacqueline.

—Leucemia... —repitió Brimont, atónito.

—Sí.

—¿Y cuánto hace que Albert Vogel. .?

—Un año, casi.

—Increíble.

Francine Golay seguía mirándolos con extraña fijeza. Brimont le preguntó:

—¿Qué hace usted en Verraud, Francine?

—Vivo aquí.

—¿Hace mucho?

—Casi un año.

—¿Es cierto que tenía usted leucemia?

—Sí.
—Y el señor Vogel la curó...
—Sí.
—¿Por eso se vino usted a vivir a Verraud?
—Sí.
—Este pueblo parece abandonado...
—Pero no lo está.
—¿Cuántas personas viven aquí?
—Veinte.
—¿Veinte...?
—No, veintiuna —rectificó Francine—. El señor Vogel trajo otra esta mañana.
Jacqueline Legrand dio un respingo.
—¡Se refiere a Anne-Marie! ¡Está aquí, doctor Brimont!
—Sí, no hay duda.
—¡Pregúntele dónde!
Brimont lo hizo:
—¿Dónde está Anne-Marie Legrand, la muchacha que vino hace un rato con el señor Vogel?
Francine Golay señaló una de las casas.
—Allí.
—El señor Vogel está con ella?
—Sí.
—Gracias, Francine. Vamos, Jacqueline.
Alain Brimont y Jacqueline Legrand se encaminaron hacia la casa indicada por Francine Golay, una de las que, dentro del mal estado general, se conservaban mejor.
La puerta estaba cerrada.
Brimont dio unos golpes con los nudillos.
Nadie acudió a abrir.
El médico repitió la llamada, imprimiendo una mayor fuerza a los golpes.
El resultado fue el mismo.
Alain Brimont y Jacqueline Legrand intercambiaron una mirada.
Sin pronunciar palabra, el médico probó a abrir la puerta.
Esta cedió sin necesidad de forzarla.
Brimont entró en la casa, seguido de Jacqueline.
Por dentro tenía mejor aspecto.
Los muebles, aunque antiguos, eran recios y fuertes, y estaban limpios.
A la derecha había una escalera.
Súbitamente, se escuchó un grito de dolor, emitido por una garganta femenina.
—¡Anne-Marie! —se estremeció Jacqueline Legrand, reconociendo la voz de su hermana.

CAPITULO VI

—¡El grito vino de arriba! —exclamó Alain Brimont apuntando hacia la escalera.

—¡Era Anne-Marie, doctor! — gritó Jacqueline Legrand, angustiada.

—¡Corramos! —indicó Brimont, tirando del brazo de la muchacha.

Alcanzaron la escalera y subieron por ella precipitadamente.

Descubrieron dos puertas.

Brimont llevó a Jacqueline hacia una de ellas.

La abrió con brusquedad.

Era un dormitorio, pero allí no había nadie.

Corrieron hacia la otra puerta.

Brimont no pudo abrirla, pues estaba cerrada con llave.

Golpeó la madera con el puño.

—¡Abra. Vogel! ¡Soy Alain Brimont, el médico que atendía a Anne-Marie Legrand!

Silencio absoluto.

Brimont golpeó nuevamente la puerta, con furia.

— ¡Abra. Vogel! ¡Abra inmediatamente o echo la puerta abajo! —amenazó.

De nuevo silencio.

Alain Brimont dejó su maletín en el suelo, junto a la pared, y se retiró unos pasos de la puerta.

—Apártese, Jacqueline —rogó—. Voy a cargar contra la puerta.

La joven obedeció.

En el preciso instante en que Alain Brimont tomaba carrera, la puerta se abrió bruscamente y Albert Vogel se dejó ver.

Brimont no tuvo más remedio que frenar su impulso, para no arrollar al curandero.

Albert Vogel era tal y como lo había descrito Jacqueline Legrand.

Moreno.

Alto.

Muy fuerte.

Bien parecido.

Y sus ojos...

Jacqueline no había exagerado al decir que miraban de un modo casi siniestro.

En aquel momento, incluso sobraba el «casi».

Su mirada era siniestra de verdad.

Quizá se debía a que el curandero se hallaba furioso por la inesperada presencia en Verraud de Alain Brimont y Jacqueline Legrand.

—¿Qué diablos significa esto? ¿A qué viene eso de querer echar la puerta abajo? —inquirió Albert Vogel, enfadado.

—Soy Alain Brimont, el médico que...

—Ya lo sé —le interrumpió el curandero—. Oí claramente sus voces. ¿Siempre entra usted así en las casas, doctor Brimont, amenazando con derribar las puertas? —espetó.

Alain Brimont apretó los maxilares.

—No, no acostumbro a hacerlo. Pero nadie respondió cuando llamamos, por dos veces, abajo. Y lo mismo sucedió cuando llamamos a esta puerta.

—No les oí llamar abajo.

—¿Tampoco aquí? —inquirió Brimont, irónico.

—Sí, aquí sí —gruñó Vogel.

—¿Y por qué tardó tanto en abrir?

—Estaba atendiendo a Anne-Marie, y...

—Desde abajo la oímos gritar.

—Sí, es cierto, dio un grito.

—¿Por qué gritó?

—Lo siento, pero no puedo decírselo.

—Ella nos lo dirá —repuso Brimont, e hizo ademan de entrar en la habitación.

No pudo, porque Albert Vogel no se apartó del hueco de la puerta.

Alain Brimont lo miró duramente.

—Apártese. Vogel.

—¿Qué pretende usted, doctor Brimont?

—Hablar con Anne-Marie.

—No tiene ningún derecho.

—Es mi paciente.

—Lo era. Ahora soy yo quien cuida de ella.

—Yo no me opongo a que cuide de Anne-Marie, sólo quiero cerciorarme de que está bien.

—Anne-Marie se encuentra perfectamente. ¿No se lo dijo Jacqueline? —Vogel miró a la joven.

Esta intentó resistir su brillante mirada, pero no pudo.

Era demasiado aguda.

Demasiado penetrante.

Demasiado tenebrosa. .

—Jacqueline desea hablar con su hermana —dijo Brimont— ¿También a ella va a prohibírselo?

Albert Vogel, tras unos segundos de silencio, preguntó:

—¿Es cierto que desea hablar usted con Anne-Marie, Jacqueline?

—Sí... —asintió la muchacha, quedamente.

—¿Y quiere que el doctor Brimont esté presente?

—Sí...

—Muy bien, pasen ustedes —accedió el curandero, apartándose de la puerta.

Alain Brimont y Jacqueline Legrand entraron en la habitación.

Era una pieza bastante amplia.

Acostada en la cama, con la sabana subida hasta el cuello, se hallaba Anne-Marie.

Su maleta estaba sobre una silla, todavía sin abrir.

Sobre la maleta, estaba la ropa que se había puesto Anne-Marie aquella mañana.

Tocia su ropa, incluso la más intima.

Estaba claro, pues, que Anne-Marie se hallaba totalmente desnuda bajo la sábana.

La expresión de sus ojos, fría y apagada, no se alteró lo más mínimo al ver entrar al doctor Brimont y a Jacqueline.

—Anne-Marie... —musitó Jacqueline, desconcertada.

Su hermana no respondió.

Siguió mirándolos a los dos de aquel modo tan extraño.

Sin la menor emoción.

Alain Brimont, no menos desconcertado que Jacqueline Legrand, se acercó a la cama.

—¿Te encuentras bien, Anne-Marie?

—Si —contestó la joven.

—¿Ya no te duele el pecho?

—No.

—¿Por qué gritaste, entonces?

—¿Qué?

—Diste un grito. Anne-Marie. Jacqueline y yo lo oímos...

—Sí.

—¿Por qué gritaste?

—No lo recuerdo.

—¿Te hizo daño el señor Vogel?

—No. El señor Vogel es bueno —Anne-Marie miraba ahora al curandero —. El me ha salvado de la muerte. Y ha hecho desaparecer mi dolencia cardíaca. Nunca podre agradecerle lo que hizo por mí.

Jacqueline Legrand intervino:

—¿Por qué estás desnuda. Anne-Marie?

—Voy a dormir unas horas. El señor Vogel dice que me conviene.

—En casa dormías en camisón...

Anne-Marie no dijo nada.

Jacqueline miró a Albert Vogel.

—¿Le pidió usted que se acostara completamente des nuda, señor Vogel?

—No —respondió el curandero.

—¿Seguro?

—Será mejor que hable claro, Jacqueline.

—Yo lo haré por ella —terció Alain Brimont, serio. Albert Vogel sonrió socarronamente.

—Soy todo oídos, doctor Brimont.

—Anne-Marie es una menor, ¿lo sabía usted?

—Por supuesto.

—¿Sabia, también, que no ha mantenido relaciones sexuales con ningún hombre?

—¿De veras...? — pareció sorprenderse el curandero. Brimont le apuntó con el dedo.

—Si la toca usted, irá a la cárcel.

—Tranquilícese, no pienso tocarla —aseguró Vogel. —Si no lo pensara, no hubiera permitido que se desnudara por completo.

—Yo no estaba presente, cuando lo hizo.

—¿Seguro que no?

—Pregúnteselo a ella, si duda de mi palabra.

Fue Jacqueline quien se lo preguntó:

—¿Lo estaba, Anne-Marie?

—¿Qué?

—El señor Vogel. ¿Estaba presente cuando tú te quitaste la ropa?

—No.

Albert Vogel sonrió.

—¿Satisfecho, doctor Brimont?

—Sólo a medias —gruñó Alain Brimont.

—¿Le preocupa algo más?

—¿Por qué estaba cerrada la puerta con llave?

—Eso —dijo Jacqueline.

—No me gusta que nadie me interrumpa, cuando estoy atendiendo a uno de mis pacientes —respondió Vogel.

—¿Qué le estaba haciendo a Anne-Marie? —interrogó Brimont.

—Eso es un secreto, doctor Brimont.

—No sería nada bueno, cuando ella gritó.

—Se equivoca.

Jacqueline Legrand intervino de nuevo:

—¿Cuánto tiempo piensa tenerla aquí, señor Vogel?

—Yo no le pedí a su hermana que viniera, Jacqueline. Ella vino por su propia voluntad. Todas las personas que encontrarán ustedes en Verraud, están aquí por su propio deseo. Eran enfermos graves, desahuciados por los médicos, cuya muerte era sólo cuestión de horas o de días... Yo, con este extraordinario poder de curación que el cielo me ha dado, logre sanarlos. Algunos de ellos, agradecidos, decidieron venir a vivir a Verraud, estar cerca del hombre que les había salvado la vida... Yo no me opuse en ninguno de los casos. Verraud, cuando yo me instalé aquí, era un pueblo abandonado. Hay sitio para todos. Y a mí no me molesta su compañía. Vivimos como una familia, lo compartimos todo.

—¿Todo...? —repitió Alain Brimont, en tono sarcástico.

Albert Vogel chasqueó la lengua.

—Ya está usted de nuevo pensando mal, doctor Brimont.

—Es que todo esto me parece muy raro.
—¿Qué es lo que le parece raro, doctor?
—En primer lugar, que sea usted capaz de curar enfermedades como la leucemia, por ejemplo. Es el caso de Francine Golay...
Vogel sonrió sin ninguna presunción.
—Yo, mientras Dios siga depositando su confianza en mí, puedo curar cualquier enfermedad, doctor Brimont. El día que El me retire el maravilloso poder que me concedió, no podré curar ni un vulgar catarro.
Brimont volvió los ojos hacia Anne-Marie Legrand.
—¿Es cierto que la grave dolencia cardíaca que padecía Anne-Marie, ha desaparecido por completo? —interrogó.
—Sí, lo es —asintió Vogel.
—¿Me deja que lo compruebe?
—Es Anne-Marie quien tiene que dejarle, no yo. Si ella está de acuerdo en que usted la examine, yo no me opondré. ¿Qué respondes, Anne-Marie?
Anne-Marie Legrand clavó sus fríos ojos en Alain Brimont.
—No quiero que usted me examine, doctor Brimont.
—¡Anne-Marie! —exclamó Jacqueline.
—Nadie volverá a examinarme. Sólo el señor Vogel pondrá sus manos sobre mí.
—Pero...
—Márchate, Jacqueline. Y ¡llévate al doctor Brimont.
Jacqueline Legrand miró a Alain Brimont, como preguntándole:
«¿Qué podemos hacer, doctor...?»
Brimont no dijo nada.
Albert Vogel hizo un gesto significativo con las manos.
—Lo siento, doctor Brimont. Si Anne-Marie no desea que usted la examine, yo no puedo obligarla a ello.
—Pero se alegra de que no lo desee, ¿verdad? —masculló el médico.
—Si he de ser sincero, sí —confesó el curandero.
—Ya lo sabía.
—Será mejor que se marchen, doctor Brimont.
Alain Brimont se volvió hacia Jacqueline Legrand.
—Vamos, Jacqueline.
—Yo me quedo, doctor Brimont —dijo la joven.
—¿Que se queda...?
—Si el señor Vogel no se opone, naturalmente.
Los extraños ojos de Albert Vogel tuvieron un destello.
—¿Por qué quiere quedarse, Jacqueline? —preguntó el curandero.
—Deseo permanecer junto a mi hermana, asegurarme de que ella se siente a gusto en Verraud, que es feliz. ¿Tiene usted algún inconveniente, señor Vogel?
—Ninguno. Pero no sé si Anne-Marie...
—No me importa lo que piense Anne-Marie. Si a usted no le molesta que

me quede en Verraud unos días, me quedaré, diga ella lo que diga.

Albert Vogel sonrió.

—No me molesta en absoluto. Jacqueline.

—Entonces, me quedo.

—Perfecto.

—Vamos, doctor Brimont. Le acompañaré hasta el coche.

Alain Brimont y Jacqueline Legrand salieron de la habitación.

La joven cerró la puerta.

—¿Qué es lo que pretende, Jacqueline? —interrogó el médico.

—Se lo explicaré por el camino. Vamos.

Brimont cogió su maletín, que seguía en el corredor, y él y Jacqueline descendieron por la escalera.

Salieron de la casa.

Francine Golay, la bella morenita que les informara de dónde se hallaban Anne-Marie y Albert Vogel, había desaparecido.

Todo seguía silencioso y solitario.

—Explíqueme su plan, Jacqueline, que me tiene sobre ascuas —rogó Brimont.

—¿Se ha fijado usted en la expresión de los ojos de Anne-Marie, doctor? —preguntó ella.

—Sí;

—Miran de un modo frío y apagado, como los de Francine Golay.

—Sí, exactamente igual.

—A eso me refería cuando le dije que Albert Vogel tenía como magnetizada a Anne-Marie. Mi hermana no actúa con normalidad, doctor. Cuando usted y yo entramos en la habitación, nos miró como a dos extraños, sin ninguna emoción. Y todo el rato nos estuvo mirando así.

—Sí, yo también me di cuenta.

—Luego, eso de meterse completamente desnuda en la cama...

—Muy extraño también.

—También lo fue que se negara rotundamente a ser examinada por usted.

—Sí.

—Estoy segura de que todo es obra de Albert Vogel, doctor Brimont. Anne-Marie actúa así por su culpa. No sé lo que le ha hecho ese curandero, ni lo que pretende, pero voy a tratar de averiguarlo.

—¿No será peligroso, Jacqueline?

—¿Peligroso?

—No me gusta nada ese Vogel.

—Tampoco a mí, ya se lo dije en su consultorio.

—Yo me refería a que...

—Sé a qué se refería, doctor Brimont —le interrumpió la muchacha—. Pero no debe preocuparse por mí. No puede sucederme nada. Usted sabe que voy a quedarme en Verraud, y Albert Vogel sabe que usted lo sabe. ¡Hay!, perdón por el juego de palabras —rió—. Lo que quiero decir es que Albert

Vogel no puede intentar nada contra mí, porque si me ocurriera algo, usted «dalia cuenta a la policía y él acabaría en la cárcel.

—Aun así, sigo pensando que...

—Tengo que quedarme, doctor Brimont. Anne-Marie me necesita, lo sé.

—Está bien, no puedo impedírselo —suspiro Alain Brimont—. Pero como no voy a sentirme tranquilo el resto del día, volveré esta noche, para asegurarme de que tanto usted como Anne-Marie, están perfectamente.

Jacqueline Legrand le sonrió afectuosamente.

—Se lo agradezco mucho, doctor.

Como ya estaban junto al peligroso puentecillo, Alain Brimont se despidió.

—Hasta la noche, Jacqueline. Y tenga mucho cuidado, por favor.

—Lo tendré, no se preocupe.

Brimont hizo ademán de entrar en el puente, pero Jacqueline le retuvo, cogiéndolo del brazo.

—Doctor...

—¿Si, Jacqueline?

—¿Me consideraría usted una chica atrevida, si le diera un beso?

Brimont sonrió.

—En absoluto.

Jacqueline Legrand se empinó graciosamente sobre las puntas de sus pies, y le besó suavemente en los labios.

—Gracias, doctor.

—Gracias a usted, Jacqueline. No lodos los hombres tienen la suerte de ser besados por una chica tan bonita como usted.

—No se lo diga a su enfermera, ¿eh?

—¡No!

Rieron los dos alegremente.

—Tengo que marcharme, Jacqueline.

—Adiós, doctor. Y no se olvide de venir esta noche.

—No lo olvidaré, descuide.

—Oh, un momento, doctor Brimont. Estoy pensando que es mejor que tenga una excusa para volver esta noche a Verraud. De ese modo, Albert Vogel no se molestará.

—¿Qué clase de excusa. Jacqueline?

—traerme algo de ropa, por ejemplo. Si voy a quedarme unos días aquí, la necesitaré. Vaya a mi casa y pídasela a mi madre.

—De acuerdo, lo haré.

—Pero no le diga nada de lo que pasa a mi madre, ¿eh? Dígale, simplemente, que deseo pasar unos días en Verraud, con Anne-Marie. A ella le parecerá bien.

—Seguro.

Alain Brimont se despidió nuevamente de la joven y cruzó el puentecillo, cuyos maderos empezaron a quejarse.

Jacqueline Legrand esperó a que el médico alcanzara su coche, lo pusiera

en marcha, y se alejara con él.

Después, regresó a Verraud.

Lentamente.

Mirando nerviosamente hacia lodos lados.

Tenía miedo.

No había querido decírselo al doctor Brimont, para no preocuparle más, pero lo tenía.

Aquella extraña humedad

Aquel silencio de tumba...

Aquella quietud...

Verraud era un pueblo vivo, pero parecía un pueblo muerto.

Y, en cierto modo, lo era.

Aunque Jacqueline Legrand no lo sabía, claro.

De haber siquiera sospechado lo que era realmente Verraud, ni por todo e\ oro del mundo se hubiese quedado en él.

Fatalmente para ella, iba a saberlo muy pronto.

Pero entonces ya sería tarde.

El doctor Brimont se había marchado.

Nadie podría prestarle ayuda.

Y la iba a necesitar.

Desesperadamente.

CAPITULO VII

Apenas entrar en la misma casa de antes. Jacqueline Legrand descubrió a Albert Vogel.

Permanecía inmóvil, al pie de la escalera.

—¿Ya se ha marchado el doctor Brimont?

—Si —respondió la joven, procurando rehuir la siniestra mirada del curandero.

—¿Volverá?

Jacqueline pensó que le convenía responder afirmativamente, y así lo hizo.

—Sí, volverá esta noche. Le rogué que me trajese algo de ropa. La voy a necesitar.

—Claro.

—¿Cómo sigue Anne-Marie?

—Bien.

—Iré con ella.

—No, no suba ahora.

—¿Por qué?

—Se ha dormido.

—No importa, velaré su sueño.

—Dormirá mejor si la dejamos sola.

—No haré ningún ruido, se lo prometo.

—Olvídese de su hermana ahora, Jacqueline, tenemos que hablar.

—¿Hablar?

—Sí.

—¿De qué?

—De usted.

—¿Qué quiere saber?

—¿Por qué se ha quedado?

—Quiero asegurarme de que Anne-Marie es feliz en Verraud, ya se lo dije.

—Miente ahora como mintió entonces.

Jacqueline Legrand empezó a ponerse nerviosa.

—¿Qué le hace pensar que miento?

—Usted desconfía de mí.

—Tengo motivos, ¿no? Apenas llegar a Verraud, oigo gritar a mi hermana, a la cual encuentro encerrada en una habitación con usted, acostada en la cama, tan desnuda como cuando vino al mundo.. ¿No hubiera desconfiado usted, en mi lugar?

—No, porque el hombre con quien se hallaba su hermana, era el mismo que la noche anterior la había salvado de la muerte —recordó el curandero.

—Eso no le da derecho a...

—¿A qué?

Jacqueline no se atrevió a acabar la frase.

—Vamos, dígalo —invitó Vogel—. Usted piensa lo mismo que el doctor Brimont, que yo hice venir aquí a Anne-Marie, con el único propósito de divertirme con ella.
—¿Y no es así?
—Sí.
Jacqueline dilató los ojos.
—¿Lo confiesa...?
Albert Vogel sonrió.
—Si le hubiera respondido que no, no me hubiese creído...
—Dígame la verdad, por favor —suplicó la muchacha.
—Míreme usted bien, Jacqueline.
—Ya lo estoy haciendo.
—No, rehúye mi mirada.
—No es por gusto.
—¿Qué quiere decir?
—Que no puedo resistirla.
—Tonterías.
—De veras que no.
—Inténtelo y verá cómo lo consigue.
Jacqueline miró a los ojos al curandero.
Fijamente.
Fue un error.
—Sí, porque cuando, incapaz de resistir su aguda y penetrante mirada por más tiempo, quiso desviar la suya, no pudo.
Las pupilas de Albert Vogel brillaban cada vez con más fuerza.
Al propio tiempo, parecían empequeñecerse y agrandarse.
Un ramalazo de frío estremeció el cuerpo de Jacqueline Legrand.
¡Aquélla no era la mirada de un ser normal!
¡Era la mirada de un brujo!
¡De un demonio!
¡De una bestia salvaje con apariencia humana! Jacqueline Legrand, presa de un pánico jamás experimentado, intentó retroceder.
No pudo.
Sus pies estaban como pegados al suelo.
Los músculos de las piernas no le obedecían.
Toda ella estaba como paralizada.
Cada vez más aterrorizada, intentó gritar.
Con todas sus fuerzas.
Pero las cuerdas vocales no le respondieron.
Ni siquiera pudo abrir la boca.
Sus mandíbulas se negaban a separarse.
Dentro de su horror, fue capaz de comprender que todo lo que le estaba sucediendo procedía de la magnética mirada de Albert Vogel.
Si consiguiera esquivarla...

Lo intentó nuevamente.

Con desesperación.

Fue inútil.

El curandero la había paralizado por completo con sus demoníacos ojos.

No la dejaba ni pestañear.

Albert Vogel fue acercándose a ella.

Muy despacio.

Jacqueline Legrand, horrorizada, intentó desclavar sus pies del suelo.

No lo consiguió.

Albert Vogel se detuvo muy cerca de ella, elevó las manos lentamente, y se las puso en las sienes.

Comenzó a mover los dedos, suavemente.

Era una especie de masaje.

Muy agradable.

—Cierra los ojos, Jacqueline —ordenó el curandero. La joven obedeció.

—Relaja tu cuerpo.

El cuerpo de Jacqueline, tenso y rígido hasta entonces, se relajó totalmente.

—¿Te sientes mejor, Jacqueline?

—Sí. —musitó la joven.

—Puedes abrir los ojos.

La muchacha los abrió.

En sus oíos ya no había el menor sintonía de terror. Su mirada, ahora, era fría e inexpresiva.

Idéntica a la de Anne-Marie.

Idéntica a la de Francine Golay...

—¿Ya no me tienes miedo, Jacqueline?

—No.

—¿Harás todo lo que yo te diga?

—Sí.

—Sonríe.

Jacqueline sonrió.

—Dame un beso.

Ella se lo dio.

—Perfecto. Sígueme, Jacqueline.

Albert Vogel echó a andar hacia la escalera. Jacqueline Legrand le siguió como una autómata. Subieron al piso alto.

El curandero entró en la habitación contigua a la que ocupaba Anne-Marie.

Jacqueline hizo lo propio.

Vogel cerró la puerta.

Después de darle la vuelta a la llave, ordenó:

—Quítate el vestido, Jacqueline.

La joven se lo quitó, quedando en combinación.

Una combinación rosa, muy corta, bajo la cual se transparentaban el reducido sujetador, el sugestivo miniportaligas, y el sucinto pantaloncito.

Los ojos de Albert Vogel brillaron ahora de un modo distinto.
Había deseo en su mirada.
Un deseo sucio.
Repugnante.
—Deja el vestido sobre la silla —indicó el curandero.
Jacqueline obedeció.
—Ahora quilate la combinación.
Jacqueline se despojó de ella y la dejó también sobre la silla.
La mirada de Albert Vogel se tornó aún más lujuriosa al contemplar ^el maravilloso cuerpo de Jacqueline Legrand.
Ella se dejó contemplar, impávida.
Como si no se diera cuenta de nada.
Y, en realidad, así era.
El canalla de Albert Vogel la había hipnotizado.
Ahora era dueño y señor de la hermosa muchacha.
Como su deseo era cada vez más incontenible, le ordenó que se desnudara por completo.
Jacqueline lo hizo.
Sin ningún rubor.
Al verla completamente desnuda. Albert Vogel fue hacia ella y la abrazó, loco de deseo.
Jacqueline se dejó besar, manosear, pellizcar, mordisquear...
No tenía voluntad.
Estaba totalmente a merced del cerdo de Albert Vogel.
Este la llevó hacia la cama y la tendió en ella.
Allí siguió aprovechándose del estado hipnótico de la muchacha.
Hasta que ya no pudo más.
Fue entonces cuando Jacqueline Legrand gritó.
Y por el mismo motivo que gritara Anne-Marie.

CAPITULO VIII

Jacqueline Legrand sintió que unos dedos masajeaban suavemente sus sienes.

—Despierta. Jacqueline. Despierta.

Era la voz de Albert Vogel.

La joven abrió los ojos.

La cara del curandero estaba a menos de un palmo de la suya, y era él quien le masajeaba las sienes.

Vogel le sonrió de un modo extraño.

—¿Cómo te sientes, Jacqueline?

—¿Qué me ha pasado? —preguntó la muchacha, sorprendida de que el curandero la tutease.

—¿No recuerdas nada?

—No... Después de despedir al doctor Brimont, volví a la casa. Le encontré a usted, al pie de la escalera, y... Eso es todo, no consigo recordar más —murmuró Jacqueline, y trató de llevarse la mano derecha a la frente, pues le dolía terriblemente la cabeza.

Fue entonces cuando descubrió que sus manos estaban sujetas.

Cercadas por unas anchas correas de cuero, las cuales permanecían enganchadas a unas argollas de acero, enganchadas éstas, a su vez, a una especie de mesa de madera, baja y alargada.

Instintivamente, Jacqueline movió las piernas.

Apenas pudo levantar ligeramente las rodillas, pues sus tobillos estaban igualmente cercados por anchas correas de cuero.

No obstante, el breve movimiento que hizo con los miembros inferiores le produjo un agudo dolor en la parte más intima de su anatomía.

Jacqueline no pudo reprimir un grito.

Levantó la cabeza todo lo que nudo y se miró.

Lanzó otro grito al verse completamente desnuda.

La sangre se agolpó violentamente en su tembloroso rostro.

—¡Dios mío! —lúe todo lo que dijo, bajando la cabeza y cerrando los ojos.

Albert Vogel desgranó una risita de hiena.

—¿Sorprendida. Jacqueline...?

La joven abrió los ojos, bañados va en lágrimas, y los clavó en el rostro del curandero.

—¿Qué me ha hecho usted, miserable?

—El amor.

—¡Rata sucia y asquerosa...! —barbotó Jacqueline, haciendo fuerza con los puños, aunque inútilmente.

Las correas jamás cederían, y ella lo sabía.

—¿Qué pasa, es que no te gustó? —Preguntó burlonamente Vogel—. Pues no dejabas de lanzar suspiros y gemidos...

—¡Mentira!

—Te aseguro que es cierto.

—¿Qué hizo, drogarme?

—Hipnotizarte.

—¿Hipnoti...?

—Sí, soy un maestro en eso.

—¡Sus malditos ojos! —gritó Jacqueline, rehuyéndolos.

—Poderosos, no malditos —corrigió Vogel—. Gracias a ellos, Anne-Marie sigue con vida.

—¿Qué...? —exclamó la joven, mirándole de nuevo.

—Sí, preciosa. Mis ojos salvaron a Anne-Marie de la muerte. Aunque quiero revelarte que se trata de una salvación condicionada.

Jacqueline Legrand parecía no entender nada.

—Te lo explicare, guapa. Yo hipnoticé a Anne-Marie; profundamente. Me adueñé por completo de su mente.

El poder de la mía es infinito. La grave dolencia cardiaca que padecía Anne-Marie, quedó desde ese momento paralizada. Y así continúa. Mientras tu hermana siga bajo el efecto hipnótico, y seguirá mientras yo quiera, no corre ningún peligro. En cambio, si yo la despertara…

—¿Moriría a las pocas horas? —preguntó Jacqueline, terriblemente angustiada.

Albert Vogel sonrió extrañamente.

—A las pocas horas, no, Jacqueline, en el acto. En realidad, ella ya está muerta.

—¡Oh, no! —gimió la joven, horrorizada.

—Sí, Jacqueline. Anne-Marie es un muerto viviente. Todas las personas que están conmigo en Verraud, son muertos vivientes. El estado hipnótico los mantiene en este mundo, pero todos ellos pertenecen va al otro, al de los muertos.

Jacqueline Legrand apretó fuertemente los ojos.

—¡Cállese, cállese, cállese! ¡Nada de cuanto dice puede ser cierto! ¡Sólo trata de aterrorizarme!

Vogel rió.

—Te aseguro que es verdad, Jacqueline. Yo no puedo sanar enfermos, ni graves ni leves; sólo paralizar sus enfermedades con mi poder hipnótico. Aunque debo aclarar que se trata de una paralización engañosa, ya que la enfermedad sigue su proceso, sólo que no se manifiesta. Te pondré un ejemplo. Si yo despertara ahora a Francine Golay, ella moriría instantáneamente, por supuesto, pero su cuerpo sufriría una rápida descomposición. En sólo unos minutos, su cadáver quedaría igual que si llevase casi un año muerta. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Jacqueline Legrand no pudo responder que sí ni que no.

El horror la tenía muda

Paralizada.

Vogel prosiguió:

—A eso me refería cuando dije que todas las personas que están conmigo en Verraud, son muertos vivientes. Esa es la razón de que, cuando «curo» a un enfermo grave, lo traiga a este pueblo abandonado. Mentí al decir que sólo algunos de ellos viven en Verraud. Están todos aquí. No podrían vivir en otro lugar. La gente se daría cuenta de que no actúan con normalidad. Son como robots. Además, a mí me gusta tenerlos aquí. Hago muchas cosas con ellos. Me obedecen ciegamente, les pida lo que les pida. Si le ordenara a uno de ellos que se cortara la mano, se la cortaría sin vacilar.

Jacqueline Legrand siguió callada.

Su rostro estaba amarmolado.

Sus labios temblaban.

Apenas pestañeaba...

Albert Vogel continuó hablando:

—Fue una gran idea que te quedaras en Verraud, muñeca. Aunque confieso que en principio me preocupó. Pensé que me traerías problemas. Qué tontería, ¿verdad? —rió—. Nadie puede causarme problemas a mí. Mi mente es demasiado poderosa.

Jacqueline Legrand salió de su mutismo:

—Pagará muy caro lo que ha hecho conmigo, Vogel.

El curandero volvió a reír.

—No seas ingenua, pequeña. Nadie sabrá lo que hice contigo, pues m tú misma lo recordarás. Lo borraré todo de tu mente antes de que vuelva, esta noche, el doctor Brimont.

—Pero no podrá borrar la salvaje violación de que me ha hecho objeto.

—No, eso seguro que no. ¿Pero quién podría demostrar que fui yo el primer hombre que te hizo el amor?

—El doctor Brimont.

—¿Sabía él que tampoco tú habías mantenido relaciones sexuales con ningún hombre?

—Sí —mintió Jacqueline.

—Bueno, no me preocupa demasiado. Tú eres mayor de edad. Además, llegado el caso, puedo obligarte a decir que te entregaste a mí voluntariamente. Después de lodo, no soy un tipo feo —sonrió presuntuosamente Vogel.

—El ductor Brimont jamás lo creerá. El sabe que no me gusta usted. Yo se lo dije.

Los ojos de Albert Vogel despidieron un destello.

—Así que no te gusto, ¿eh?

—Me repugna usted.

—Espero que te gusten más los otros.

—¿Otros? —respingó ligeramente Jacqueline.

El curandero sonrió siniestramente.

—¿Por qué crees que te he bajado al sótano, y te he sujetado, desnuda, a

esta mesa tan especial? Aquí va a tener lugar una orgía de las buenas, en la que participarán todos los muertos vivientes de Verraud; nombres y mujeres. Y tú serás el centro de la misma.

—¡No! —chilló la joven, estremeciéndose de pies a cabeza.

—Sí, encanto. Por eso le he hecho volver a la realidad. Cuando yo te hice el amor, no te enteraste de nada, pero ahora vas a enterarte de todo.

—¡Es usted el ser más vil y más ruin que...!

Jacqueline se interrumpió, lanzando un grito de dolor.

Vogel acababa de propinarle un golpe.

Donde más daño podía hacerte.

—Será mejor que no me insultes, primor. Ya has visto cómo las gasto cuando me enfado, y yo me enfado por nada.

Jacqueline, que iba a llamarle sucio bastardo, y algunas cosas más, ladeó la cabeza y sollozó, en silencio.

No quería que el curandero la golpease de nuevo.

Y adivinaba que él estaba deseando hacerlo.

Era así de canalla.

Y pensar que ella, antes de conocerle, le creyó un santo...

Un hijo de Satanás, eso es lo que era.

Debió haber hecho caso al doctor Brimont.

Haberse marchado con él.

Anne-Marie era un muerto viviente.

Nadie podía hacer nada por ella.

Sólo Vogel.

Sacarla de su estado hipnótico y darle descanso eterno.

Pero él no lo haría.

Vogel era un monstruo.

La mantendría así, como al resto de las personas que había «curado» y traído allí.

Obteniendo de ella todo lo que quisiera.

Jugando con su joven cuerpo.

Como había jugado con el de ella...

La voz de Albert Vogel interrumpió sus pensamientos:

—¿Estás dispuesta, Jacqueline?

La joven se estremeció.

Giró lentamente la cabeza y miró al curandero.

Había llegado la hora de la vergüenza.

Del dolor.

—Será muy divertido, ya verás —rió Vogel, y se encaminó hacia la escalera de piedra que había en uno de los ángulos del sótano.

Subió por ella y levantó la trampilla, saliendo del sótano.

Casi en seguida, empezaron a descender los muertos vivientes.

Diecinueve, en total.

Siete hombres y doce mujeres.

Todos de edades comprendidas entre los dieciocho y los treinta años.

Se cubrían con unas largas túnicas blancas e iban descalzos.

Anne-Marie Legrand no se hallaba entre ellos, pero sí Francine Golay.

Los muertos vivientes rodearon la baja y alargada mesa sobre la cual se hallaba, sujeta de pies y manos. Jacqueline Legrand.

Todos, hombres y mujeres, observaron el cuerpo desnudo de la aterrada Jacqueline.

Sin denotar ninguna emoción.

Jacqueline los observó a su vez, con ojos espantados.

Todos tenían la mirada idéntica.

Fría.

Inexpresiva.

A una indicación de Albert Vogel, los muertos vivientes se despojaron de las túnicas y quedaron tan desnudos como la propia Jacqueline, que temblaba sobre la mesa.

El curandero les ordenó que se acercaran a la muchacha presa.

Los muertos vivientes obedecieron.

Jacqueline Legrand, a punto de desfallecer de horror, y aun sabiendo que nadie podía oírla, se puso a chillar desgarradoramente.

CAPITULO IX

Alain Brimont entró en su consultorio.

—Hola, Nadine.

—Hola, doctor. ¿Qué tal le ha ido por Verraud? —preguntó Nadine Pisot.

—Regular.

—No me diga que la rubia descarada se hizo la estrecha... —sonrió, con ironía, la enfermera.

Brimont la miró con severidad.

—No empecemos de nuevo, Nadine.

—A usted le gusta esa Jacqueline, confiéselo.

—Claro que me gusta. Es una joven muy hermosa.

—Y muy atrevida.

—A mí no me lo parece.

—Porque tiene usted muy poca experiencia con mujeres.

—Más de la que usted supone.

—Esa rubia acabará liándole, ya lo verá.

—Dejemos el tema, ¿quiere?

—Sólo trato de prevenirle.

—Ya soy mayorcito, Nadine.

—Demasiado mayorcito, ése es el problema. Cuando un hombre ya ha pasado de los treinta, y no está muy ducho en cuestiones de faldas, es muy fácil que caiga en las redes de la primera lagartona que se las tienda.

Alain Brimont encajó las mandíbulas.

—Si vuelve a llamar lagartona a Jacqueline Legrand, la tumbo sobre mis rodillas y le pongo las nalgas moradas.

—¿A ella o a mí?

—¡A usted! —rugió Brimont, y se metió en su despacho médico.

Nadine Pisot no lardó en imitarle.

—¿Estuvo en casa de la señora Danjou, doctor Brimont?

—Si —gruñó el médico, quitándose la chaqueta.

—¿Amigdalitis...?

—El pequeño Louis debería operarse.

—Su madre no quiere.

—Claro, como a ella no le duele la garganta...

—¿Hay algún aviso más? —preguntó Brimont.

—Sí, dos —asintió la enfermera—. Pero dije que no podría pasar usted hasta la tarde. Como se encontraba en Verraud...

—Hizo bien.

Nadine Pisot hizo ademán de salir del despacho.

—Espere, no se vaya —rogó Brimont.

—¿Desea alguna cosa, doctor?

—Explorarle el seno lastimado.

—Olvídelo.
—¿Que lo olvide?
—Va no me duele.
Alain Brimont la apuntó con el dedo, ceñudo.
—Nadine...
—Es cierto, doctor. Se me pasó el dolor al poco de irse usted.
—Tiéndase en la mesa de exploraciones —ordenó Brimont.
—¿Para qué? Ya le he dicho que...
—No me gustan las mentiras, Nadine.
—¡Pero si no le estoy mintiendo, doctor!
—¿Se tiende por su propia voluntad, o la tiendo yo por la fuerza bruta? —amenazó Brimont.
—Recurrir a la fuerza bruta es de brutos —repuso la enfermera.
—Lo haré, si usted me obliga a ello.
—Yo no le obligo a nada. Es usted quien quiere obligarme a mí a hacer una cosa que no deseo.
—Antes estaba dispuesta a permitir que le explorase el seno. Incluso se molestó cuando le dije que no podría hacerlo hasta que volviese de Verraud. ¿Qué le ha hecho cambiar?
—Se me pasó el dolor, ya se lo he dicho. Lo que sucede es que usted no quiere creerme.
—En cuanto le explore el seno, sabré inmediatamente si se le ha pasado el dolor o no.
—Y dale con la exploración.
—¿Se tiende en la mesa por las buenas, o...?
—De acuerdo, no es necesario que se ponga en plan gorila. Pero sea breve, ¿eh? A ver si con la excusa de la exploración médica. .
—Vuelva a decir es», y le doy una bofetada.
Nadine Pisot bajó la mirada.
—Sólo era una broma, doctor Brimont.
—No me gustan esa clase de bromas, Nadine.
—Lo siento.
—Vamos, haga lo que le he dicho.
—Sí, doctor.
Nadine se tendió en la mesa y se abrió la bata y la blusa, mostrando sus hermosos senos.
Alain Brimont advirtió que las mejillas de su enfermera se teñían de rubor, y contuvo una sonrisa.
Se acercó a ella, que rehuía su mirada, y procedió a explorarle el pecho lastimado.
Lo hizo con suma delicadeza.
Nadine no se quejó en ningún momento, pese a que fue una exploración lenta y profunda.
Concluida su tarea. Alain Brimont se irguió.

—Puede abotonarse la blusa, Nadine.

La enfermera lo hizo.

—¿Ha sentido dolor? —preguntó Brimont.

—No, ninguno.

—¿Seguro?

—Le doy mi palabra.

—Bien, más vale así.

—¿Encontró usted alguna anormalidad, doctor?

—Ninguna.

—¿Entonces...?

Brimont sonrió.

—Puede usted estar tranquila, Nadine. El golpe que sufrió en el encontronazo con aquel tipo, no tuvo ninguna importancia. De todos modos, y para mayor seguridad, dentro de unos días la someteré a una nueva exploración. Pero ya verá como también entonces resulta negativa.

—¿Es absolutamente necesaria una segunda exploración, doctor? —murmuró la enfermera.

—Conveniente, simplemente.

—Lo he pasado muy mal, ¿sabe?

—¿Por qué?

—Usted ya sabe por qué.

Brimont sonrió de nuevo.

—Qué chiquilla es usted, Nadine.

—No tan chiquilla. Tengo veintitrés años.

—Pues parece que tenga catorce.

—¿Tan poco desarrollada estoy?

—Usted sabe que no me refiero a su físico.

Nadine Pisot cambió de conversación:

—¿Puede explicarme ya a qué fueron a Verraud usted y Jacqueline Legrand?

—Es una larga historia.

—Está bien, si no quiere hablarme de ello...

—No, espere, Nadine. Deseo contárselo. Aunque sólo sea para que deje de pensar mal de Jacqueline Legrand.

—Le escucho, doctor.

Brimont se lo relató todo.

Nadine Pisot se resistía a creer lo que oía.

—¿Cómo pudo salvar ese curandero a Anne-Marie Legrand? —murmuró, perpleja.

—No lo sé, Nadine.

—Me huelo que en ese asunto hay gato encerrado, doctor Brimont.

—Albert Vogel es un tipo que inspira poca confianza, desde luego.

—¿No será un brujo?

—Tal vez.

—Sí, seguro que lo es. Con la magia negra se obtienen cosas increíbles. Y es que donde se mete el demonio...

—Estoy preocupado, Nadine, se lo confieso.

—¿Por Anne-Marie o por Jacqueline?

—Por las dos.

—Yo retiro todo lo que dije sobre Jacqueline No hay duda de que es una buena chica. Y muy valiente. Yo, eh su lugar, no me hubiera quedado en Verraud. Si ese curandero es realmente un brujo, puede pasarlo muy mal.

—Eso es lo que yo temo, que pueda causarle algún daño.

—Esperemos que no.

—¿Sabe lo que voy a hacer?

—¿Qué?

—Volver a Verraud.

—¿Ahora...?

—Sí. No puedo esperar a la noche.

En las verdosas pupilas de Nadine Pisot hubo un chispeo de temor.

—¿No será peligroso, doctor?

—Sé cuidarme, Nadine, no se preocupe.

—La magia negra es algo muy serio, doctor Brimont...

—No es seguro que Albert Vogel sea un brujo, Nadine.

—Pero, por lo que me ha contado, hay muchas posibilidades de que sí lo sea.

—Tendré cuidado, no tema.

—Tengo una idea, doctor.

—¿Qué idea?

—Iré con usted.

Brimont sonrió.

—Eso no puede ser. Nadine. Usted tiene que atender el consultorio.

—Por una tarde que cerremos...

—Tranquilícese, todo saldrá bien.

—Rezaré por ello.

Alain Brimont se puso la chaqueta, tomó su maletín, y abandonó el consultorio.

CAPITULO X

Alain Brimont detuvo su «Simca-1200» a la entrada del puentecillo, como la vez anterior, y descendió del coche, sin olvidarse de su maletín.

Cruzó el viejo puente.

Verraud seguía pareciendo un pueblo desierto, abandonado.

Y aquella extraña humedad, que no se percibía hasta haber cruzado el peligroso puentecillo...

Como en la ocasión anterior, Alain Brimont tuvo la desagradable sensación de que no se adentraba en un pequeño pueblo, mucho tiempo abandonado, sino en un frío y húmedo cementerio.

No debía ser muy saludable vivir en él, desde luego.

Brimont se dirigió directamente a la casa donde encontraran a Anne-Marie y a Albert Vogel.

La puerta estaba cerrada.

Brimont no se molestó en llamar.

Abrió y penetró en la casa.

No vio a nadie.

Tampoco oyó voz alguna.

Alain Brimont fue hacia la escalera y subió al piso de arriba.

Las puertas de los dos dormitorios permanecían cerradas.

Brimont fue hacia la habitación en la cual hallaran, acostada en la cama, sin ninguna ropa y acompañada por el curandero, a Anne-Marie.

Probó a abrir.

La puerta, esta ver, no estaba cerrada con llave.

Brimont entró en la habitación.

Anne-Marie seguía allí.

Acostada en la cama.

Cubierta con la sábana hasta el cuello.

Tenía los ojos cerrados y parecía dormir profundamente.

A Alain Brimont le extrañó que Jacqueline no estuviese junto a su hermana, velando su sueño.

—¿Dónde diablos estaría?

¿Con Vogel, tal vez?

Anne-Marie se lo diría.

Eso, y muchas cosas más.

Sentía tener que despertarla, pero no podía desperdiciar la ocasión de hablar con ella a. solas.

Brimont se acercó a la cama y tocó el hombro de la muchacha.

—Anne-Marie...

Ella siguió dormida.

Brimont la zarandeó suavemente.

—Despierta. Anne-Marie...

La joven continuó con los ojos cerrados.

Alain Brimont empezó a sospechar que Anne-Marie se hallaba bajo los efectos de alguna droga, administrada por Albert Vogel.

Maldijo entre dientes.

No podía interrogar a Anne-Marie.

Aunque...

¡Sí!

¡Examinarla sí podía!

¡Anne-Marie no se despertaría, le hiciera lo que le hiciera!

Alain Brimont abrió rápidamente su maletín, extrajo el fonendoscopio, y se lo puso.

Deslizó la sábana que cubría a la muchacha, dejándola con el pecho al descubierto.

Brimont aplicó el fonendoscopio sobre el corazón de Anne-Marie.

Bastaron unos pocos segundos para que se convenciera de que la joven seguía con su grave dolencia cardíaca.

Los síntomas eran idénticos a los de la noche anterior, cuando él la auscultó por última vez.

Incomprensible, pues, que Anne-Marie Legrand continuara con vida.

Y, más incomprensible aún, que su respiración fuese sosegada y tranquila.

Alain Brimont retiró el fonendoscopio del pecho de la muchacha.

Iba a cubrírselo con la sábana, cuando recordó el grito que lanzara Anne-Marie, al poco de entrar él y Jacqueline en aquella casa.

Y la excesiva tardanza de Albert Vogel en abrir la puerta de la habitación.

¿Habría abusado el curandero de ella?

Decidió comprobarlo, aprovechando que ni Anne-Marie ni Vogel podían impedírselo.

Tiró de la sábana nacía abajo y examinó a la muchacha.

Sus músculos faciales se endurecieron al descubrir que Anne-Marie Legrand presentaba claras huellas de intento de violación.

Violación que, con toda seguridad, se hubiera producido si él y Jacqueline hubieran llegado tan sólo unos minutos más tarde a Verraud.

Eso, su inesperada llegada, fue lo que impidió a Albert Vogel culminar su canallada.

Alain Brimont cubrió de nuevo el cuerpo de Anne-Marie, guardó el fonendoscopio en su maletín, y salió con paso raudo de la habitación.

Encontraría al cerdo de Vogel.

Lo encontraría y le desfiguraría la cara a puñetazos.

Luego, lo entregaría a la policía, acusándolo de intento de violación de una menor.

Donde primero miró Brimont fue en la habitación contigua.

Sintió un profundo escalofrío al descubrir, sobre una silla, el vestido de Jacqueline, y, sobre éste, una combinación rosa, un sujetador, un breve pantaloncito, un miniportaligas, unas medias de seda...

Sus zapatos yacían tirados en el suelo.

Los ojos de Alain Brimont fueron hacia la cama.

Estaba revuelta.

Y lo que aún era más preocupante: había manchas de sangre en la sábana.

Alain Brimont sintió que la suya le ardía en las venas.

Estaba seguro de que aquella sangre era de Jacqueline Legrand.

Y que Albert Vogel se la había hecho derramar.

¡Dios!

¿Qué le habría hecho aquel miserable de curandero?

Ciego de cólera, Alain Brimont abandonó la habitación.

Descendió rápidamente al piso bajo.

Lo revisó todo, pero no halló ni rastro de Jacqueline Legrand y Albert Vogel.

Salió a la calle.

En Verraud seguía reinando un silencio sepulcral.

Brimont corrió hacia la casa en cuya puerta descubrieran a Francine Golay, la atractiva morena.

La puerta estaba cerrada, pero no con llave, por lo que Alain Brimont no tuvo dificultades para entrar.

La casa parecía solitaria, como todo Verraud.

—¡Francine! —llamó Brimont.

Nadie le respondió.

Brimont revisó la casa.

En una de las habitaciones de la planta superior, encontró, sobre la cama, la ropa que Francine Golay llevaba aquella mañana cuando él y Jacqueline la descubrieron, incluida la interior, también sus zapatos, en el suelo.

Alain Brimont descendió a la pluma inferior y salió a la calle.

Se metió en la casa de al lado.

Se hallaba también solitaria, pero ocurrió lo mismo que en la de Francine: encontró ropa femenina en uno de los dormitorios, sobre la cama.

Y la historia se repitió en todas y en cada una de las casas que Alain Brimont fue revisando, aunque, en algunas de ellas, la ropa hallada no era de mujer, sino de hombre.

Brimont no sabía qué explicación dar a ello.

Era como si todas las personas que vivían en Verraud, tanto hombres como mujeres, se hubiesen desnudado completamente para asistir, descalzos y sin ropa, a un determinado lugar.

O con una ropa especial...

¿Cuál sería ese lugar?

¿Se hallaría en el mismo Verraud?

Sí, seguro que sí.

Alguna de las casas debía tener una habitación secreta.

O sótano...

Allí estarían reunidos los escasos habitantes de Verraud.

Con Albert Vogel, por supuesto.

Celebrando algún rito satánico, o algo así.

Y Jacqueline Legrand debía ser la víctima...

Este último pensamiento hizo que a Alain Brimont se le erizase la piel.

¡Tenía que encontrar ese maldito lugar!

¡Salvar a Jacqueline de las garras de Vogel y de las personas que vivían con éste en Verraud!

Con los dientes rabiosamente apretados, se lanzó a la búsqueda de ese oculto lugar.

La casa que decidió revisar de nuevo con toda meticulosidad, antes que ninguna otra, fue la que estaba Anne-Marie.

Un sexto sentido parecía decirle que allí encontraría a Jacqueline, a Vogel, y a todos los demás.

Empezó a buscar en la planta baja.

En ello estaba, cuando escuchó un grito.

Débil.

Lejano.

Pero terriblemente angustioso.

—¡Jacqueline! —exclamó Brimont, pues estaba seguro de que había sido emitido por la hermana de Anne-Marie.

Miró a su alrededor, nerviosamente.

Se fijó un instante en la gruesa alfombra que permanecía desplegada en el suelo, junto a la pared.

Corrió hacia ella y la levantó.

Casi se le escapo un grito al ver que la alfombra estaba clavada en parte a una trampilla, la cual cubría totalmente, disimulándola de un modo perfecto.

Brimont levantó la trampilla.

Vio una escalera de piedra.

Sin dudarlo un segundo, descendió por ella.

Pero sólo bajó la mitad de los escalones.

Se quedó como clavado allí, en la mitad de la escalera, contemplando, horrorizado, el increíble espectáculo.

CAPITULO XI

Un espectáculo verdaderamente sobrecogedor.

Difícil de admitir como real.

Pero lo era, de eso no cabía la menor duda.

Por el momento, la presencia de Alain Brimont no fue advertida por nadie.

Los siete hombres y las doce mujeres que, completamente desnudos, se amontonaban en torno y sobre la baja mesa alargada, donde permanecía otra mujer, igualmente desnuda y sujeta de pies y manos por anchas correas de cuero, estaban demasiado absortos en la tarea que les tenía ocupados.

Muy cerca de ellos, como para no perderse detalle de lo que ocurría, se hallaba Albert Vogel.

El cerdo de Albert Vogel.

El canalla de Albert Vogel.

El reptil de Albert Vogel.

Era el único que estaba vestido.

Afortunadamente, se hallaba de espaldas a la escalera de piedra, y tampoco él descubrió a Alain Brimont.

Este no tardó en reaccionar.

Aunque no podía ver la cara de la mujer que estaba siendo víctima de los más sucios y repugnantes abusos, sabía que se trataba de Jacqueline Legrand.

Sin perder un segundo más, acabó de descender los peldaños que faltaban, de un sallo, corrió hacia el grupo de hombres y mujeres desnudos, rugiendo:

—¡Apartaos, malditos! ¡Dejad a la chica!

Albert Vogel dio un fuerte respingo.

—¡Brimont! —exclamó, reconociendo la voz del médico.

Se volvió como picado por una serpiente.

Vio a Alain Brimont correr hacia él.

Los ojos llameantes.

El rostro encendido.

Las mandíbulas fuertemente apretadas.

Alain Brimont era una furia desatada.

Sería muy difícil frenarle.

Albert Vogel, pese a ser un hombre fuerte y corpulento, no se atrevió a intentarlo.

Dio un gran salto hacia su izquierda, evitando así el ser arrollado por Brimont.

Este cayó como un ciclón sobre el grupo de muertos vivientes, los cuales, aunque habían oído gritar al médico, y habían vuelto sus miradas hacia él, no se apartaron de Jacqueline Legrand.

Alain Brimont se encargó de apartarlos.

Sin ningún miramiento.

Lo mismo le daba que fueran hombres que mujeres.

Lo utilizaba todo.
Puños.
Hombros.
Rodillas.
Pies...
Albert Vogel, desde el suelo, presenciaba cómo Alain Brimont derribaba a los muertos vivientes, sin que ninguno de ellos le hiciera frente.
Y así seguirían las cosas si él no les daba las órdenes precisas.
Se apresuró a dárselas:
—¡Golpead a ese hombre! ¡Lanzaos lodos sobre él! ¡Quiere rescatar a la muchacha rubia! ¡No lo permitáis...!
Las cosas, lamentablemente para Alain Brimont, cambiaron.
Los hombres y las mujeres que aún no había conseguido apartar de la inmovilizada Jacqueline, cuyo rostro, pálido y desencajado, va podía ver, se lanzaron sobre él como fieras salvajes.
Los que había derribado al suelo a golpes y empellones, se levantaron rápidamente y se arrojaron también sobre él.
Alain Brimont se defendió bravamente, pero no pudo hacer demasiado frente a aquella especie de jauría de lobos hambrientos que cayó sobre él.
Lo derribaron.
Empezaron a golpearle en el suelo.
Brimont, materialmente sepultado bajo un montón de cuerpos desnudos, recibió un fuerte golpe en la sien, y perdió el sentido.

* * *

Cuando Alain Brimont recobró el sentido, se encontró fuertemente atado a uno de los postes de madera que apuntalaban el techo, sin más ropa encima que el breve «slip».
Frente a él, se hallaba Albert Vogel, con una sonrisa triunfal en los labios.
Tras el curandero, agrupados, se encontraban los siete hombres y las doce mujeres que consiguieron reducirle.
Ya no iban desnudos.
Ahora cubrían sus cuerpos con unas largas túnicas blancas.
La que sí seguía desnuda, y sujeta a la alargada mesa, era Jacqueline Legrand.
Brimont la observó.
Sintió mucha pena.
Su joven y hermoso cuerpo estaba sucio, baboso, sangrante...
Debía haber sufrido horriblemente.
Ella le miraba a su vez, con los ojos enrojecidos, pero secos de lágrimas.
Ya no le quedaban.
Las había derramado todas...
—Jacqueline... —musitó Brimont, apagadamente.

La joven no respondió.
No tenía fuerzas para hablar.
Ni deseos.
Sólo deseaba una cosa: morirse.
Y cuanto antes.
No quería vivir, después de lo que los muertos vivientes habían hecho con ella, siguiendo las instrucciones de aquel demonio de hombre que era Albert Vogel.
De pronto, el rostro de Jacqueline Legrand se contrajo.
No pudo contener un gemido de dolor.
Cerró los ojos y permaneció así, sufriendo en silencio.
Alain Brimont atirantó el rostro y miró a Albert Vogel.
—Esto lo pagará con la vida. Vogel.
El curandero lanzó una carcajada burlona.
—No me haga reír, Brimont.
—Yo mismo le mataré, se lo juro.
—Usted no puede matar ni una mosca. Esta indefenso, Brimont. ¿Todavía no se ha dado cuenta?
—Estoy vivo, Vogel.
—No será por mucho tiempo.
—¿Piensa matarme?
—Sí. Usted y Jacqueline Legrand van a morir, doctor Brimont. Y no tendrán una muerte rápida y dulce se lo aseguro.
—No puede matamos, Vogel.
—¿Quién ha dicho que no?
—Mi enfermera sabe que estoy en Verraud, y también sabe por qué. Le dije que si antes de las cinco no estoy de vuelta en mi consultorio, llame a la policía.
Albert Vogel entornó sus peligrosos ojos.
—Está usted mintiendo, doctor Brimont.
—Le aseguro que no. Jacqueline y yo nos dimos cuenta inmediatamente de que Anne-Marie no se comportaba con normalidad, que la tenía usted como magnetizada.
Esa fue la razón de que Jacqueline se quedara en Verraud. Quería descubrir la verdad.
—Y la descubrió. No por sí misma desde luego. Yo se lo conté todo por mi propia voluntad. Le dije que Anne-Marie sólo está aparentemente curada. Como el resto de las personas que están conmigo en Verraud.
—Ya sé que Anne-Marie no está curada. La ausculté antes de descubrir este sótano. Sigue padeciendo la grave dolencia cardíaca.
—Así es.
—¿Cómo la mantiene viva?
—Hipnosis. Me apoderé de su mente anoche. Eso la mantendrá viva mientras yo no la devuelva a la realidad. Como a los demás.

Alain Brimont observó a los siete hombres y a las doce mujeres.

—Los mantiene a todos permanentemente en estado hipnótico...?

—Sí. No tengo más remedio. Si los saco de él, morirán instantáneamente. Ya le expliqué a Jacqueline que, en realidad, todos ellos están muertos. De ahí que yo los llame muertos vivientes.

—¿Pero qué clase de monstruo es usted? —exclamó Brimont, horrorizado.

—¿De veras le parezco un monstruo...? —sonrió Vogel.

—¡El más ruin de todos!

—Y eso que todavía no ha visto lo mejor

Alain Brimont no pudo evitar un estremecimiento.

—¿Qué me falta por ver?

—espéreme aquí, ¿eh? Vuelvo en seguida.

Albert Vogel abandonó el sótano.

Alain Brimont aprovechó la ocasión para tratar de aflojar las ligaduras que le mantenían sujeto al poste.

Sus fuertes músculos trabajaron al máximo, ante la pasividad de los muertos vivientes, pero las ligaduras eran tremendamente resistentes, y no cedieron.

Brimont, sudoroso, dolorido, y jadeante, se lomó un respiro.

Cuando se disponía a intentarlo de nuevo, apareció Albert Vogel.

El curandero traía consigo a Anne-Marie.

La muchacha, que se cubría con una de aquellas largas túnicas blancas, portaba un destellante cuchillo de cocina en la diestra.

—¡Anne-Marie! —gritó Jacqueline, al ver a su hermana.

Anne-Marie continuó impasible.

Sin impresionarse lo más mínimo por ver a su hermana sujeta a una baja y larga mesa, desnuda, sucia, ensangrentada...

Tampoco le importó al ver al doctor Brimont atado a uno de los postes del sótano, cubierto tan sólo con un slip.

Albert Vogel indicó:

—Adelante, Anne-Marie. Haz lo que te he dicho.

Anne-Marie Legrand levantó el terrorífico cuchillo y caminó hacia su hermana.

CAPITULO XII

—¡Anne-Marie...! —gritó Jacqueline Legrand, horrorizada, pues adivinaba que el desalmado de Albert Vogel le había ordenado que la matara a cuchilladas.

¡Ella deseaba morir, sí, pero no a manos de su propia hermana!

¡Eso sería una muerte espantosa!

Alain Brimont rugió:

—¡Detente, Anne-Marie! ¡No puedes matar a tu propia hermana!

Albert Vogel rió.

—Ya verá como sí, Brimont. Y será una muerte muy especial.

—¡Deténgala usted, miserable! —ordenó el médico.

—¿Por qué no la detiene usted? —repuso burlonamente el curandero.

—¡Maldito hijo del Averno...! —barbotó Brimont, al borde de la más absoluta desesperación.

Tensó los músculos y trató nuevamente de aflojar sus ligaduras.

Las delgadas, pero resistentes cuerdas, se le clavaron en la carne, lacerándolo.

Alain Brimont apretó los dientes, para resistir mejor el dolor, y siguió con todos los músculos de su cuerpo en tensión.

Anne-Marie se había detenido junto a su hermana, el cuchillo en alto.

—¡No, Anne-Marie, no! —suplicó Jacqueline, los ojos desorbitados.

La hipnotizada Anne-Marie desoyó la súplica de su hermana.

Dejó caer el cuchillo.

Con fuerza.

Jacqueline lanzó un aullido de dolor.

El frío acero le había traspasado el brazo derecho.

Anne-Marie elevó de nuevo el cuchillo, dejando visible la espantosa herida, de la cual brotaba la sangre en cantidad.

—¡Canalla, canalla, y mil veces canalla! —rugió Alain Brimont, el rostro desencajado de ira, el cuerpo bañado de sudor.

A Albert Vogel no parecieron afectarle lo más mínimo los insultos del médico.

—Continúa. Anne-Marie —dijo, tranquilamente.

Anne-Marie Legrand descargó una segunda cuchillada, esta vez, sobre el muslo derecho de su hermana.

Jacqueline aulló de nuevo desgarradoramente.

Y volvió a hacerlo cuando el largo acero se clavó en su otro músculo.

Y en su otro brazo.

Y en su costado derecho.

Y en su costado izquierdo.

Y debajo de un hombro.

Y debajo del otro hombro...

El cuerpo de la desdichada Jacqueline se hallaba va totalmente cubierto de sangre.

La joven estaba a punto de desvanecerse de debilidad y de dolor.

Fue entonces cuando Albert Vogel ordenó:

—Acaba con ella, Anne-Marie.

Anne-Marie Legrand descargó una nueva cuchillada.

En el pecho de su hermana.

Justo sobre el corazón.

Jacqueline Legrand lanzó un alarido ensordecedor.

Casi en seguida, doblaba la cabeza y quedada inmóvil.

Muerta...

Alain Brimont, que también sangraba por varios puntos de su cuerpo, pues las cuerdas le habían abierto dolorosamente la carne, lanzó un grito más ensordecedor aún que el de la infortunada Jacqueline.

Como si el cuchillo se hubiese clavado en su pecho y partido su corazón, en lugar del de la muchacha.

Fue un grito de rabia.

De dolor.

De desesperación.

Había intentado soltarse con todas sus fuerzas, pero no lo había conseguido.

Nada había podido hacer por Jacqueline.

Había sido salvajemente torturada en su presencia.

Y muerta...

Ahora. Alain Brimont parecía no tener ninguna fuerza ya, ninguna energía.

Había doblado la cabeza sobre su pecho, jadeante y chorreante de sudor, y sollozaba quedamente.

Albert Vogel se acercó a él.

—Arriba ese ánimo, doctor Brimont, que el espectáculo aún no ha terminado —dijo, cínicamente.

Brimont, sin levantar la cabeza, masculló:

—Puede acabar conmigo también, serpiente venenosa.

—Por supuesto que acabaré. Pero no ahora. He estado pensando que quizá sea cierto lo que me dijo usted sobre su enfermera. ; Y sabe lo que he decidido?

Ahora sí levantó la cabeza Brimont.

—¿Qué? —preguntó, roncamente.

—Ir por ella, hipnotizarla, y traerla aquí.

—¡No! —rugió Brimont.

—¿Cómo piensa impedirlo?

—Le mentí, Vogel. Ella no sabe que estoy en Verraud, no sabe nada sobre usted.

—Ahora es cuando creo que miente, doctor Brimont.

—¡Le estoy diciendo la verdad!

—No, no me está diciendo la verdad. Sólo trata de salvar a su enfermera, pues sabe que ella tampoco saldrá de Verraud con vida.

—¡Alimaña asquerosa...!

Vogel rió.

—Hasta luego, doctor —dijo, y caminó hacia la escalera.

—¡Vuelva aquí, monstruo!

La risa del curandero se hizo más estridente.

Alain Brimont tensó de nuevo sus lastimados músculos.

No pudo contener un grito de dolor.

Pero no dejó de forcejear.

¡Tenía que romper aquellas malditas ligaduras!

¡Impedir que el canalla de Vogel se adueñase de la voluntad de Nadine!

¡Era capaz de abusar de ella en el mismo consultorio!

—¡Dame fuerzas, Dios! —gritó, desesperado.

Dios debió oírle, pues las cuerdas empezaron a ceder.

Brimont, dándose cuenta de ello, redobló sus esfuerzos.

La sangre chorreaba va de los surcos, cada vez más profundos, que las cuerdas habían abierto en su carne.

Brimont siguió soportando el intenso dolor.

Su bravura se veía recompensada poco después, pues las ligaduras saltaron de pronto y quedó en libertad.

Sacando fuerzas de flaqueza, ya que se hallaba realmente extenuado, se lanzó en pos del curandero

Los muertos vivientes no hicieron nada por impedírselo.

Ellos no actuaban si Albert Vogel no se lo ordenaba.

Brimont alcanzó la escalera, subió los peldaños, y levantó la trampilla, abandonando el sótano.

Salió a la calle.

Contuvo un grito de alegría al ver al curandero.

Caminaba hacia el puentecillo.

Su coche debía estar oculto en algún lugar al otro lado.

Brimont se lanzó tras él.

Como iba descalzo, sus pisadas no producían ningún ruido, y Vogel no le oyó.

Esta fue la razón de que Brimont pudiera caer sobre él por sorpresa, antes de que alcanzara el viejo puente.

—¡Te atrapé, canalla! —gritó, en el instante en que saltaba sobre su espalda.

Cayeron los dos al suelo.

Violentamente.

Vogel trató de levantarse.

Antes de que lo consiguiera, Brimont saltó sobre él como un tigre y comenzó a golpearle.

Con saña.

Vogel intentó defenderse, pero los puños de Alain Brimont caían sobre su cara una y otra vez, furiosamente.

Era un verdadero aluvión de golpes.

Vogel empezó a sangrar por la nariz, por la boca, por los pómulos, por las cejas...

Trató de hipnotizar a Brimont.

No pudo.

Alain Brimont, consciente de que el mayor poder del curandero estaba en sus diabólicos ojos, no se los miraba en ningún momento.

Albert Vogel, viéndose perdido, empezó a llamar a los muertos vivientes, por sus nombres.

Sólo ellos podían salvarle de los demoledores puños de Brimont.

Pero ¿le oirían desde el sótano?

Por suerte para él, Alain Brimont no se había entretenido cerrando la trampilla, y la voz del curandero llegó hasta ellos con la suficiente claridad.

No tardaron en aparecer.

Los veinte.

Anne-Marie Legrand, con su enorme cuchillo.

Alain Brimont no tuvo más remedio que olvidarse, por el momento, de Albert Vogel.

Los veinte muertos vivientes ya corrían hacia él.

No podía hacerles frente a todos.

Eran demasiados.

Lo reducirían a golpes, como la otra vez, y Vogel se encargaría de que no volviera a escaparse.

Sería su muerte... y la de Nadine.

Una muerte horrible.

Brimont se apartó bruscamente de Vogel, con intención de correr hacia el puentecillo, cruzarlo, y alcanzar su «Simca».

El curandero lo impidió, sujetándole.

Brimont le propinó un tremendo puñetazo en la cara.

Vogel dio un grito y cayó de espaldas al suelo.

Tuvo mala suerte.

Sí, porque su cabeza chocó contra una piedra.

Con violencia.

El curandero quedó inmóvil.

Con los ojos abiertos.

Mirando sin ver.

Estaba muerto

Alain Brimont iba a lanzarse hacia el puentecillo, cuando vio, asombrado, cómo los muertos vivientes se desplomaban como fardos.

Los veinte.

Y entonces empezó el horror.

Sus cuerpos comenzaron a descomponerse de un modo horrible.

Espeluznante.

Sobrecogedor.

Anne-Marie Legrand lúe la única excepción.

Su cuerpo no se alteró lo más mínimo.

Ella sólo llevaba unas horas muerta.

Francine Golay, en cambio...

La morena llevaba casi un año muerta.

Su bello rostro se llenó de arrugas primero, se tornó amarillo después, y finalmente se deshizo en medio de un jugo nauseabundo y pestilente.

Sus dientes y encías quedaron al descubierto, y las cuencas de sus ojos, vacías, haciendo más espantosa la escena.

Poco después, la cara de Francine Golay era sólo una macabra calavera.

Y lo mismo, o muy parecido, les había sucedido a los demás.

Las largas túnicas blancas sólo cubrían ahora puros esqueletos.

Muerto Albert Vogel, había desaparecido el electo hipnótico que los había mantenido a todos con vida.

Una vida engañosa.

En realidad, llevaban mucho tiempo muertos.

Vogel no había mentido al afirmar que eran muertos vivientes.

Con la muerte del malvado curandero, las almas de aquellos veinte seres alcanzarían la paz del descanso eterno.

Como debía ser.

EPILOGO

Habían pasado ya cuatro días, pero los periódicos seguían hablando de los horrorosos sucesos de Verraud.

De Albert Vogel.

Del diabólico poder de sus ojos y de su mente.

Alain Brimont estaba ya harto de tanta entrevista, de tanta foto, de tanta pregunta.

El quería olvidar los horribles momentos vividos en aquel maldito pueblo llamado Verraud, pero los periodistas no le dejaban.

Aquella mañana, apenas llegar a su consultorio, dijo a su enfermera:

—Nadine, si viene o llama algún periodista, diga que he salido y que no volveré hasta la larde. No quiero hablar con ninguno de ellos. Se acabaron las entrevistas.

Nadine Pisot sonrió comprensivamente.

—Descuide, doctor. No volverán a molestarle. En el consultorio, al menos. Yo me ocuparé de ello.

—Lo malo es que si no pueden dar conmigo aquí, vendrán a mi casa — rezongó Brimont.

—Sí, seguro que lo harán —suspiró la enfermera.

Alain Brimont se pasó la mano por el pelo.

—¿Cómo podría esquivarlos, Nadine?

—No volviendo por su casa en unos cuantos días.

—¿Me está sugiriendo un hotel?

—No. Le reconocerían en seguida y tampoco allí le dejarían en paz.

—¿Dónde dormiré, entonces...?

—En mi apartamento.

—¿En su...? —pestañeó Brimont.

—No es grande, pero podemos apañamos.

Brimont titubeó. ~

—No sé si aceptar, Nadine.

—Me temo que no tiene elección, doctor —sonrió graciosamente la enfermera.

Brimont también sonrió.

—Sí, es verdad, no la tengo. O me voy a vivir con usted por unos días, o tendré que soportar de nuevo a los periodistas.

—Lo segundo es mucho peor que lo primero, se lo aseguro.

—Sin lugar a dudas.

—¿De acuerdo, entonces?

—Sí, ya puede decir que tiene un huésped.

Rieron los dos.

Alain Brimont se introdujo en su despacho médico, se despojó de la chaqueta, y la colgó en el perchero.

—Nadine —llamó.
—¿Si, doctor?
—Venga a mi despacho.
La enfermera acudió con rapidez.
—¿Desea alguna cosa, doctor Brimont?
—Pedirle disculpas.
—¿A mí?... ¿Por qué?
—Con todo este jaleo, me había olvidado por completo del golpe que recibió usted en el seno izquierdo.
—Oh, no se preocupe por eso —sonrió nerviosamente Nadine.
—Oh, no es necesario, doctor.
—En absoluto.
—Me alegro.
—Gracias.
—Tiéndase en la mesa y le haré una nueva exploración.
—Oh, no es necesario, doctor.
—Pero sí conveniente. Si también hoy resulta negativa, ya puede usted respirar tranquila.
La enfermera le dio la espalda.
Brimont la tomó cariñosamente por los hombros.
—Oh, vamos, Nadine... ¿Va a comportarse de nuevo como una chiquilla vergonzosa?
—Tengo que confesarle algo, doctor Brimont.
—¿Así sin mirarme?
—Si le miro, tal vez no me atreva a hacerlo.
—Está bien, haga su confesión de espaldas a mi —sonrió Brimont.
—Le mentí.
—¿En qué me mintió?
—No tropecé con ningún tipo, no recibí ningún guipe en el seno.
—¿De veras...?
—Sí.
—¿Y por qué me dijo que...?
—No lo sé.
—¿Cómo que no lo sabe?
—Se me ocurrió de pronto y...
—Dése la vuelta, Nadine.
La enfermera no se movió.
Brimont la obligó a volverse.
—Míreme a los ojos, Nadine.
Ella levantó lentamente la cabeza y sus miradas se encontraron.
—¿Por qué lo hizo?
—¿Usted deseaba que me fijara?
—Para ver si así se fijaba en mí como mujer.
—Sí.

—¿Por qué?

—Hace tiempo que estoy enamorada de usted, y usted no me hacía ningún caso. Ni me lo hacía, ni me lo hace.

—Eso no es verdad. Nadine. Eres una chica preciosa, y siempre me has gustado.

—No trate de consolarme ahora.

—Es la verdad.

—Si fuera cierto que le gusto, me lo habría demostrado alguna vez.

—Si yo hubiera sabido que tú..

—¿Cómo iba a saberlo, si no me lo preguntó?

—Tienes razón, he sido un tonto. Debí haber hecho esto hace mucho tiempo —repuso Brimont, tomándola entre sus brazos, apretadamente, y besándola en los labios con mucha pasión.

Nadine Pisot no acertó a reaccionar.

No esperaba que Alain Brimont la besara.

Y, menos, de aquel modo.

Cuando él separó su boca de la de ella, la enfermera musitó:

—Me ha dejado tonta, doctor...

—Te creías que no sabía besar, ¿eh? —sonrió Brimont.

—De ese modo tan ardiente, no. ¿Quién le enseñó a besar así?

—He tenido varias profesoras.

—¿A que aún me va a resultar un pájaro de cuenta?

—A ver qué le parece esto, Nadine. Nos casamos esta misma mañana y nos largamos a las Islas Canarias a pasar nuestra luna de miel. Seguro que allí no nos molestarán los malditos periodistas.

La joven pegó un saltito de alegría.

—¡Es una idea maravillosa, doctor!

—Deja de llamarme doctor, ¿quieres? Y tutéame, vamos a ser marido y mujer dentro de un rato.

Nadine Pisot sonrió maravillosamente.

—Sí, Alain —asintió.

Brimont volvió a besarla con vehemencia.

Nadine colaboró esta vez.

La mano de Brimont se deslizó hacia la parte delantera de la bata de enfermera de su futura esposa y comenzó a sacar los botones de los ojales.

Luego hizo lo mismo con los de la blusa.

Todo ello sin separar su boca de la de ella.

Nadine Pisot no puso objeciones.

Sabía que aquélla iba a ser una exploración muy distinta.

Y lo fue.

¡Vaya si lo fue!

FIN